

La espada de silicio



Ángel Barriga Barros

LA ESPADA DE SILICIO

Licencia Creative Commons (CC)

Ver términos de licencia en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nd/4.0/legalcode.es>



Esta obra puede ser copiada y distribuida libremente, referenciando al autor, quien mantiene sus derechos de autor registrados en el Registro de la Propiedad Intelectual.

©Ángel Barriga Barros. 2023

Imagen de portada: daga creada por
OpenClipart-Vectors vía Pixabay.
Uso gratuito

Este libro está escrito para ti, Marga,
sagaz detective, perspicaz, infalible.

Tabla de contenido

Prefacio	1
Capítulo 1. Un asesino del pasado.....	3
Caso abierto	6
Buscando pistas.....	8
Rastros remotos.....	12
Cadena de muertes extrañas	14
Capítulo 2. Memorias de familia	19
Triste destino.....	22
Historias de una familia	24
La entrevista.....	26
Leonor	28
Ron.....	30
Capítulo 3. Estiletes sangrientos.....	33
Casos del pasado	36
Los sucesos y sus circunstancias.....	38
Sospechas.....	41
Repartiendo tareas.....	44
Luces de la ciudad.....	45
Capítulo 4. Cinco negritos	49
Anne.....	50
Richard.....	53
Theodor	54
Una reunión familiar	56
Caso cerrado.....	60
Epílogo	63

Prefacio

«No hay crimen perfecto, ni siquiera en una novela policiaca».

Petros Márkaris

«La mejor receta para la novela policiaca: el detective no debe saber nunca más que el lector».

Agatha Christie

Era una mañana del mes de agosto de 1957 cuando se produjo un gran alboroto en el vestíbulo del hotel Clift de San Francisco. Se trataba de un edificio de doce plantas situado en el barrio The Tenderloin, en el centro de la ciudad, muy cerca del distrito financiero.

Ya había transcurrido la mitad de la mañana cuando se dio la voz de alarma. En primer lugar, llegaron numerosos policías, después personal sanitario. El hotel fue acordonado y nadie podía entrar ni salir.

La razón de todo este tumulto es que se acababa de encontrar el cadáver de un hombre asesinado en su habitación de la cuarta planta. Había recibido un tiro en la cabeza, lo que había provocado el fallecimiento inmediato. Se hallaba tendido sobre la cama. También tenía clavado un estilete de cristal en el corazón.

La víctima, que se había hospedado en el hotel el día anterior, se llamaba Bud Cole y era un empresario textil del pueblo de Weaverville en el norte de California. Estaba haciendo un viaje de negocios para buscar nuevos proveedores. Era su primera visita a esa ciudad de San Francisco y su asesinato resultaba un misterio, ya que en la habitación estaban todas sus pertenencias intactas, incluido el dinero que portaba.

La policía interrogó a todos los que se hallaban en el hotel. Sin embargo, no se obtuvo ninguna información útil, debido a que nadie aportó datos significativos. Una vez que la policía comprobó la identidad de las personas que se hallaban en el vestíbulo, todos pudieron salir.

Entre esas personas se encontraba un grupo de jóvenes que acababan de firmar un contrato para la creación de una empresa destinada a ser la incubadora de lo que se conocería como Silicon Valley. Eran ocho científicos e ingenieros, entre veintiocho y treinta y cuatro años, junto con dos banqueros, Arthur Rock y Alfred Coyle, que se acababan de comprometer en crear la compañía que se llamaría Fairchild Semiconductor. El primero de los banqueros, Arthur Rock, será, pocos años después, el responsable del concepto «capital de riesgo» y se convertirá en inversor de muchas de las compañías de Silicon Valley como, por ejemplo, Intel, Apple, Teledyne, Xerox, AirTouch (actual Verizon Wireless) y Echelon Corporation (actual Adesto Technologies), entre otras.

Los ocho jóvenes, tras ese paso, iban a abandonar su empresa denominada Shockley Semiconductor Laboratories, que estaba dirigida por el Premio Nobel de Física e inventor del transistor, William Shockley. Por este motivo, Shockley los llamó «los ocho traidores» y con ese nombre pasaron a la historia estos padres de los avances tecnológicos producidos en la segunda mitad del siglo XX.

Capítulo 1. Un asesino del pasado

«Todo crimen es una transferencia del mal de aquel que actúa sobre aquel que padece».

Simone Weil

El 9 de enero de 2007, el centro de convenciones Moscone Center situado en el corazón de San Francisco, en el barrio del SoMa (South of Market), estaba a rebosar de personas. Largas colas se habían formado desde la noche anterior ante las puertas del mayor centro de congresos y convenciones de la ciudad. Allí se iba a celebrar la reunión anual de Apple llamada convención Macworld. Había una gran expectación, ya que corrían rumores de que algo grande se iba a anunciar. Efectivamente, pronto la curiosidad de todos sería saciada por el CEO de la compañía, Steve Jobs. La puesta en escena no fue improvisada. El enorme escenario, que estaba cubierto con cortinas azules, disponía tan solo de una gran pantalla. Sonó la música de James Brown cantando la canción *«I feel good»* (Me siento bien). Al terminar, Jobs apareció en el escenario vestido con sus habituales vaqueros y un jersey negro de cuello alto.

—El año 2007 es un gran año para Mac —comenzó Jobs en su discurso refiriéndose a los famosos ordenadores Macintosh, emblema de la empresa de la manzana mordida, Apple.

Steve Jobs quiso hacer un homenaje a Alan Turing al establecer una manzana mordida como símbolo de su compañía. Alan Turing fue un genial matemático inglés a quien debemos, entre otras cosas, muchas vidas, puesto que durante la Segunda Guerra Mundial desentrañó los códigos de la máquina nazi de cifrado llamada Enigma. El historiador Harry Hinsley estimó que este hecho acortó la guerra en Europa en más de dos años y salvó más de ¡catorce millones de vidas! Además, Turing ha realizado muy importantes aportaciones en el diseño de computadoras, la inteligencia artificial, la lógica matemática, etcétera. Sin embargo, como recompensa a su genial actividad, en 1952, fue condenado por homosexualidad. En su sentencia se le exigía elegir entre la

castración química o la cárcel. Se suicidó y fue encontrado muerto junto a una manzana envenenada con cianuro. A la manzana solo le faltaba un bocado.

En el escenario, Steve Jobs fue presentando la actividad de Apple en el último año. Retrasaba deliberadamente su anuncio estrella. En el minuto veintisiete de su intervención, Jobs reveló:

—Hoy vamos a presentar tres productos innovadores. El primero es un iPod panorámico con controles táctiles, que permite escuchar música, ver imágenes y vídeos. El segundo es un teléfono móvil revolucionario. El tercero es un comunicador avanzado de Internet.

»Un iPod, un teléfono y un comunicador de Internet.

—Un iPod, un teléfono y un comunicador de Internet —repetía Jobs una y otra vez.

El público se entusiasmaba, ya que esperaba que algo fuera a suceder. Mientras, Jobs seguía repitiendo como un tantra.

—Un iPod, un teléfono y un comunicador de Internet.

»No son tres dispositivos diferentes, sino uno solo. Tres aportaciones novedosas en un solo dispositivo que hemos llamado iPhone.

»Hoy Apple ha reinventado el teléfono.

»El iPhone es un teléfono móvil revolucionario y mágico que está literalmente cinco años por delante de cualquier otro teléfono móvil.

»Es, en general, una computadora de mano hermosa y vanguardista.

En el gran escenario, Jobs mostraba un nuevo terminal telefónico que no contaba con teclado. Su pantalla de tres pulgadas y media ocupaba todo el aparato y tenía la característica de que era táctil-multitáctil, esto es, permitía detectar varios dedos simultáneamente. En ese momento, sobre el escenario, se creó el gesto que, desde entonces, todos hemos adquirido para ampliar o reducir el tamaño de la imagen, separando o uniendo el dedo meñique y el índice sobre la pantalla.

La presentación duró una hora y cuarenta y cinco minutos. Se trataba del primer «*smartphone*» o teléfono inteligente. Se acababa de transformar las comunicaciones y las costumbres de las personas.

Quizás la característica más relevante del iPhone era que carecía de teclado y, en su lugar, tenía una pantalla táctil TFT que ocupaba todo el teléfono. De eso estaba orgulloso Zidovsky Allen. Él era uno de los invitados aquel día en el centro de convenciones. Era el presidente de la empresa Dreyfus & Allen Microelectronics, que se encargaría de suministrar las pantallas TFT para los nuevos teléfonos de Apple. Zidovsky Allen y Steve Jobs se conocían, ya que el primero había trabajado en Apple en su juventud, antes de volver a la empresa familiar Allen Microelectronics para hacerse cargo tras la muerte de su padre. A partir de esa compañía surgió la nueva que ahora presidía tras su boda con una rica empresaria del sector de la electrónica. Su satisfacción se debía a que su compañía formaba parte del nuevo invento que se estaba anunciando en ese momento.

El iPhone reunía en un sencillo aparato de bolsillo todas estas mejoras tecnológicas que cambiaron, en muy poco tiempo, las costumbres de las personas. Permitía acceder y navegar por Internet, por lo que ha posibilitado innumerables aplicaciones: acceder a datos en la web, aplicaciones de guiado gracias a un localizador GPS, videoconferencias, fotografía, reproducción de música y vídeos, juegos y un largo etcétera de aplicaciones.

El iPhone salió al mercado pocos meses después de su anuncio, el 29 de junio de 2007, a un precio inicial de quinientos dólares. En Estados Unidos, se requería de un contrato de dos años con la compañía telefónica AT&T. Miles de clientes hicieron largas colas en las tiendas Apple de todo el país para estar entre los primeros en comprar un iPhone.

Ahora, aquí, en el Centro de Convenciones de San Francisco, con un público enfebrecido, Zidovsky se sentía contento y orgulloso porque sabía que se estaba haciendo historia.

Caso abierto

Unos pocos días después del anuncio del iPhone, en una nublada y fría mañana de comienzos de febrero de 2007, el vestíbulo del hotel Clift de San Francisco era un hervidero de personas: policías, sanitarios, personal del alojamiento, curiosos. Un hombre había aparecido muerto en una de sus habitaciones y, según los rumores que corrían de boca en boca, había sido asesinado.

En la habitación donde había ocurrido el suceso la escena que se mostraba era la del cuerpo del fallecido tumbado sobre la cama, bocarriba, con un disparo en la cabeza, cuya entrada en la frente indicaba que se había encarado con su asesino. El torso desnudo solo mostraba una especie de pequeño y extraño puñal de cristal, más bien un estilete, clavado en el corazón.

El pasillo de la antepenúltima planta del hotel también estaba muy concurrido. La inspectora de la policía de la ciudad de San Francisco, Margaret Christie, cruzó el corredor que conducía a la habitación. Al entrar, casi choca con un agente que fotografiaba la escena del crimen. El subinspector Ronald Farmington le hizo señas desde el otro extremo de la estancia. Se trataba de un dormitorio amplio.

—Es una de las habitaciones ejecutivas de primer nivel —comentó el gerente del hotel, que se encontraba en el pasillo, junto a la puerta.

El cuarto disponía de una gran cama en la que se encontraba la víctima. Frente a ella estaba una mesa que sostenía únicamente una pequeña lámpara. Un soporte para maletas tenía tan solo una bolsa de viaje Louis Vuitton. Había ropa doblada sobre una silla. Todo estaba pulcramente bien dispuesto, por lo que no había signos de que el agresor hubiera registrado o revuelto nada. Un ventanal en una pared lateral de la cama mostraba una magnífica vista de la ciudad por encima de los edificios colindantes.

Margaret se acercó a Ronald.

—Todo parece muy pulcro. ¿Alguien ha oído algo? —preguntó mientras miraba al fallecido.

—Buenos días, inspectora. Nadie ha oído nada. Parece que la víctima ha muerto de un disparo, si bien nadie oyó ningún ruido. El agresor debió usar un silenciador.

Margaret era una mujer estilizada que sobrepasaba la mediana edad, aunque aparentaba menos años de los que su carné de conducir indicaba. El pelo cortado por encima de los hombros era de un luminoso castaño claro, con mechas *balayage* que le añadían reflejos muy suaves y naturales. Era una mujer elegante que solía vestir ropa tradicional: pantalón, camisa y chaqueta.

—Parece que el estilete se lo clavaron después de morir. No hay sangre alrededor.

—Eso parece, aunque ya nos lo confirmará el forense.

El subinspector Farmington, Ron para los amigos, era un hombre alto, de complexión ectomorfa, es decir, era delgado, con extremidades alargadas, con un metabolismo acelerado que lo mantenía siempre enjuto. Cuando estaba nervioso mostraba algunos tics en el rostro o temblores en una pierna. En esos momentos la única manera para tranquilizarlo era hacerlo comer. Eso lo relajaba. Por ello, siempre llevaba una pequeña bolsa con algo de dulces o bollería, medio sándwich, algunos frutos secos ...

—¿Se sabe quién era? —preguntó Margaret.

—Sí. Toda su documentación se encuentra en su cartera. Se llamaba Zidovsky Allen y era el presidente de la empresa Dreyfus & Allen Microelectronics.

Margaret soltó un silbido.

—Pues sí que se nos va a complicar el asunto. Esto se va a llenar de periodistas que seguro que montan un circo mediático. ¡Lo que nos faltaba!

La empresa Dreyfus & Allen Microelectronics era una compañía líder en el sector de la electrónica. No era muy conocida por el gran público, debido a que operaba de manera casi exclusiva para la industria militar.

La víctima era un hombre que había muerto en la cuarentena de su vida. Era corpulento y atlético. Se podía ver que había trabajado su cuerpo en gimnasios con magníficos resultados. Eso requería, sobre todo, de mucho tiempo de dedicación que un alto ejecutivo no solía tener.

—Supongo que tendremos que ponernos en contacto con el socio, ese tal Dreyfus.

—La socia, jefa. Se trata de Anne Dreyfus, la esposa del difunto. Ella es la directora ejecutiva o CEO de la compañía —corrigió Ron.

Margaret se sorprendió, porque, normalmente, al casarse la mujer perdía su apellido para adoptar el del marido.

—Ella era la dueña de la firma Dreyfus Electronics & Communications y, cuando se casó, unió su importante compañía con la empresa de su ya difunto marido —aclaró Ron.

—Veo que te has informado muy rápidamente. Me encanta tu eficiencia —alabó Margaret dirigiendo a Ron una sonrisa—. No parece que se hayan llevado nada. Da la impresión de que el objetivo era, simplemente, asesinarlo. Creo que tendremos que hacer una visita a la esposa.

Buscando pistas

Anne Dreyfus vivía en la ciudad de Palo Alto, a poco más de media hora de San Francisco, al sur de la bahía. Su casa era una gran mansión de una única planta, rodeada de amplios jardines con abundante arboleda. Todo estaba cercado con un alto muro que disponía de numerosas cámaras de vigilancia. Tras llamar desde el portón metálico de entrada de la finca, se adentraron por un corto camino y aparcaron el coche frente a la puerta principal. Allí los recibió una criada que los acompañó a un gran salón en cuyo centro, de pie, encontraron a la dueña de la casa que se acercó a recibirlos.

Anne era una mujer que, rozando los setenta, mantenía una apariencia joven y vital. Lucía el pelo muy corto de color platino y, aunque ya hacía tiempo que había perdido la piel tersa, apenas mostraba arrugas en el rostro. Era enemiga de las operaciones de cirugía estética, quizás porque la naturaleza le había regalado un gran atractivo y una gran fortaleza física.

—Señora Dreyfus, soy la inspectora Christie, me temo que soy portadora de malas noticias. Su marido, el señor Zidovsky Allen, ha sido encontrado muerto esta mañana.

La señora Dreyfus asumió la noticia sin mostrar ninguna afección, con frialdad. Ella sabía ocultar sus sentimientos tras muchos años en el mundo de los negocios, en un universo hostil para las mujeres. Desde niña fue educada en el disimulo, el control de

las emociones y el dominio sobre los músculos faciales. Había llegado a dominar las expresiones de los labios y, sobre todo, de los ojos, que son las partes del cuerpo más expresivas ante las turbaciones y conmociones.

Durante unos segundos se hizo un silencio incómodo. Nadie quería romper ese instante perturbador.

—¿Dónde ha sido encontrado y cuál ha sido la causa de la muerte? —preguntó la señora Dreyfus, rompiendo la tensión que se sentía en el ambiente.

—Se hallaba en una habitación del hotel Clift en San Francisco. Al parecer, ha sufrido un disparo en la zona frontal del cráneo. Ha tenido una muerte fulminante, por lo que no sufrió.

De nuevo, el silencio se apoderó de la estancia. El subinspector Farmington, de pie tras su jefa, no disimulaba su nerviosismo con sus tics faciales y moviéndose impulsivamente sobre el mismo sitio que ocupaba.

La señora Dreyfus invitó a los dos policías a sentarse en uno de los amplios sofás que amueblaban el gran salón.

—¿Desean tomar algo?, ¿café, té o alguna otra cosa? —preguntó mientras se sentaba en un sillón frente a sus invitados, separados por una mesita baja.

—Café expreso, por favor —respondió Margaret.

—Yo también —añadió Ron.

La criada, que había permanecido muda y quieta durante todo el tiempo, salió en ese momento, para volver al cabo de un rato con una bandeja que portaba dos tazas de café y unas pastas.

—Supongo que tendrá preguntas que hacerme, porque yo también tengo algunas —dijo Anne Dreyfus en cuanto la criada salió del salón.

—La primera es si usted sabe de alguien que pudiera haber asesinado a su marido.

—En el mundo en el que nos movemos hay mucha competencia, muchos adversarios y se maneja mucho dinero, aunque para llegar al asesinato no, no es

justificable y no tiene sentido. Además, mi marido apenas se dedicaba al trabajo. Él era más apariencia y representación que alguien que tomaba decisiones. Apenas iba a la oficina y no negociaba nada, por lo que se mantenía alejado de las guerras empresariales.

—Perdone la siguiente pregunta, pero no debemos descartar nada. ¿Podría ser algo pasional?

—Teníamos un acuerdo. Cada cual podría llevar su vida, aunque con la única condición de ser discretos. En nuestro mundo un escándalo puede ser muy perjudicial, dado que nuestros negocios se basan en la discreción. Sin embargo, deduzco que, por lo que me han contado, no había mucha pasión en el crimen. Parece algo hecho por un especialista. Un simple disparo en la cabeza.

—Y el estilete, claro —dijo Ron sin pensarlo mientras cogía su tercera pasta.

—¿Cómo?, ¿qué estilete? —preguntó Anne estupefacta, perdiendo el control momentáneamente.

Margaret miró con enfado a Ron y volviendo la vista a su anfitriona, pudo observar que estaba lívida, los labios temblorosos y las manos cogidas entre sí, agarrotadas.

—Tenía un estilete de cristal clavado en el pecho. Sin embargo, fue *post mortem* —aclaró Margaret—. No sabemos qué significa, pero ...

—Silicio, cristal de silicio puro —interrumpió Anne, que estaba como en trance—. Ha vuelto a ocurrir. No puede ser, pero la historia se repite.

La inspectora Margaret entró, seguida por el subinspector Ron, en la sala de la comisaría que pertenecía a una de las cinco divisiones en que se organizaba la policía de San Francisco, la división de crímenes personales. En la gran sala se ubicaban las mesas de los agentes y estaba rodeada por algún despacho, sala de reuniones e interrogatorios. De una pared colgaba, junto a una bandera de la ciudad de San Francisco, contigua con la del estado de California y otra de los Estados Unidos, un cuadro con el escudo del

cuerpo de policía, en donde se podía leer, en español, el lema «*Oro en paz, fierro en guerra*», que también es el lema de la ciudad.

Margaret convocó a su equipo en su despacho para informarles del nuevo caso que tenían entre manos. El grupo lo componían, además de ella y Ron, tres personas más: el subinspector James Olson, apodado como Jim, y los detectives Patrick Neurwy y Clara García. Jim era un agente veterano que había pasado la cincuentena. Había prestado servicios en diferentes divisiones, tales como narcóticos y en la de delitos de propiedad. Patrick era un brillante agente joven que se encontraba cercano a la treintena y que, desde su graduación, trabajaba en homicidios. Clara también era una joven agente recién incorporada hacía pocos meses. Había realizado sus prácticas en la unidad de patrulla.

Margaret puso al corriente de la situación a los presentes, narrando los hechos acaecidos esa mañana y la visita a la casa de la esposa del difunto.

—En cuanto se enteró del detalle del estilete —comentaba mientras dirigía una mirada seria y fulminante a Ron, quien bajó la vista e inició sus habituales tics faciales—, la señora Anne Dreyfus se volvió reservada, respondiendo a nuestras preguntas con evasivas o negando saber cualquier cosa.

»Al final alegó que se encontraba conmovida por la noticia y nos despidió con la prisa de quien pierde el tren.

»Lo que sí dijo es que la «historia se repetía». Por eso, Jim, quiero que revises los casos de asesinatos en que aparezca un estilete, ya sea de cristal o de cualquier otro material. Patrick y Clara, id al hotel y preguntad por una o un posible amante. Ron, investiga el entorno de la víctima, tales como colaboradores, amigos, conocidos...

»Esta tarde, a las seis y antes de irnos a casa, quiero que volvamos a vernos, pero con resultados.

Tras lo cual dio por terminada la reunión y todos salieron dirigiéndose a realizar sus respectivas tareas.

Rastros remotos

La reunión de las seis comenzó con una hora de retraso. A la hora convenida solo se encontraban en la oficina Margaret, Patrick y Clara. Faltaban Jim y Ron. El primero que llegó fue Jim, que venía con varias carpetas bajo el brazo.

—Perdone, jefa, es que estaba con Tom, de informática. Me ha preparado algunos informes que pueden ser útiles.

Colocó las carpetas sobre la mesa. En ese momento llegó Ron.

—¡Vaya día que llevo! El difunto tenía una amplia vida social. He estado con algunos amigos y tenía mucha actividad nocturna en garitos de lujo. No parece que tuviera enemigos. La oficina la pisaba poco y cuando iba estaba escaso tiempo. No le interesaba nada el trabajo.

—¿Deudas de juego, apuestas o algo similar? —preguntó Margaret.

—Nada, no solía jugar, aunque, sin embargo, sí que le daba a la coca y otras drogas, si bien siempre pagaba en efectivo. No parece que tuviera deudas con nadie.

—¿Y vosotros qué habéis sacado en claro? —preguntó Margaret dirigiéndose a Patrick y Clara.

—No mucho. No tenía una amante fija y, aunque acudía a ese hotel con frecuencia, cambiaba continuamente de pareja.

—No tenemos mucho por ahora. Jim, ¿qué puedes contarnos? —dijo decepcionada la inspectora.

—En los últimos tres años no he encontrado ningún caso parecido. Sin embargo, si retrocedemos hasta 2003, hubo un caso similar que no se ha resuelto.

—Cuenta, soy todo oídos —dijo con impaciencia Margaret.

—Se trata de Robert Golsam, un ingeniero de la empresa Intel. Al parecer estaba trabajando en un procesador muy especial que podría hacer que la empresa dominara el mercado. Apareció muerto en su casa, de un tiro en la cabeza y con un estilete de silicio

clavado en el corazón. El caso quedó sin resolverse. Su muerte retrasó durante un año el proyecto de ese procesador llamado Intel Pentium 5 que, al final, no obtuvo las prestaciones que de él se esperaban. Fíjate que le dieron el mote de «La estrella de la muerte de los procesadores» debido a su alto consumo. ¿Recuerdan la película «La guerra de las galaxias»?

—Sí, claro. Continúa.

—Dicen que si Golsam no hubiera muerto el diseño hubiera sido diferente y se habría conseguido un gran éxito por parte de la compañía. Tan solo se fabricaron dos chips del procesador Intel Pentium 5 y este dispositivo nunca llegó al mercado. Intel decidió abandonar los procesadores Pentium y apostar por los procesadores Intel Core Duo.

—O sea, que el asesino consiguió su propósito —comentó Ron.

—En efecto, y nunca ha sido descubierto —respondió Jim.

—Y ahora vuelve a actuar. Puede ser un crimen por motivos económicos —sugirió Ron.

—Busca toda la información sobre ese caso, sobre quiénes fueron los sospechosos, qué investigadores lo llevaron, en fin, todo lo que exista. Creo que lo vamos a tener que reabrir —dijo decidida Margaret—. Bueno, podéis iros a vuestras casas. Mañana continuaremos. Ron, me acompañarás a la Universidad de Stanford donde van a hacer la prueba de espectrofotometría y la prueba DRX (siglas de difracción de rayos X) para ver el material del estilete. Patrick, tú continuarás buscando si hubiera otros casos similares más antiguos. Clara, sigue indagando entre amigos y familiares para saber los movimientos del difunto Zidovsky Allen en las últimas semanas.

La reunión se disolvió y cada uno marchó a sus respectivos hogares. El día había sido largo. Margaret llegó a su casa de noche. Estaba cansada, ya que había sido una jornada difícil. Ella vivía sola desde su divorcio cinco años atrás. La pareja tuvo dos hijos (chico y chica) que vivían en el otro extremo del país y a los que apenas veía. Por eso se había mudado a este pequeño apartamento situado en el barrio de Russian Hill, en un bloque de catorce plantas en la esquina entre las calles Chestnut y Hyde Street.

Desde la décima planta, en que se encontraba su apartamento, podía observar unas vistas privilegiadas de la bahía: la isla de Alcatraz la tenía a la izquierda del paisaje, mientras que enfrente podía ver la isla del Tesoro, junto a la isla Yerba Buena y el puente de Oakland o puente de la Bahía.

Nada más llegar al apartamento se cambió de ropa y se vistió cómoda con un pantalón amplio y una camiseta. Se preparó un sándwich de pavo para cenar y se sentó en el sofá del salón. Entonces vio, sobre la mesa, las carpetas que le había entregado Jim de parte del Tom, el experto en informática, al que le gustaba coleccionar casos sin resolver. Tenía una amplia base de datos de casos, tanto locales, estatales, nacionales e internacionales.

—Jefa, Tom ha seleccionado algunos hechos interesantes. Se los dejo en esta carpeta —le había dicho esa tarde su compañero Jim—. Se tratan de sucesos que, aunque no se encuentran en relación con nuestro caso, muestran los efectos que pueden darse cuando el poder utiliza a la ciencia para su provecho.

Cogió una de las carpetas que llevaba como título «Cadena de muertes extrañas» y comenzó a leer el informe mientras daba pequeños bocados al sándwich.

Cadena de muertes extrañas

Un día de marzo de 1982, Keith Bowden se sentó al volante de su reluciente Rover. Acababa de salir de una reunión con algunos colegas y se disponía a volver a su casa. Tenía cuarenta y seis años. Trabajaba para la compañía Marconi Defense Systems. Era un programador informático experto en aeronaves controladas por computadora. Trabajaba en un proyecto secreto del Ministerio de Defensa británico, que un año después el presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, anunciaría a todo bombo como «Iniciativa de Defensa Estratégica» y se conocería popularmente como «Guerra de las Galaxias».

Al poco tiempo de arrancar el vehículo, Keith comenzó a preocuparse, pues algo no iba bien. Él cuidaba de su Rover con detalle, pero algo estaba fallando. En las curvas el coche no respondía como debiera.

«Mañana, sin falta, llevaré el coche al taller» —se dijo a sí mismo.

Unos minutos después se encontró frente a un puente que sorteaba unas vías del tren. Debajo del terraplén pudo ver, de manera fugaz, una vieja estación de ferrocarril. Justo antes de entrar en el puente, la carretera hacía una pronunciada curva. El Rover, aunque entró con una velocidad adecuada, comenzó a derrapar. Keith intentó controlar el vehículo sin éxito. El automóvil se precipitó por el terraplén hacia las vías. Comenzó a dar vueltas mientras se deformaba con cada nuevo impacto. La caída fue breve; apenas unos segundos y todo se hizo oscuro. Después, el silencio.

La policía dictaminó que el fatal suceso fue el resultado de conducir ebrio y se calificó como accidente automovilístico. Su esposa Hillary se negó a admitir el dictamen policial, dado que su marido no solía tomar bebidas alcohólicas y, además, los amigos con los que había pasado la noche negaron que Bowden hubiera estado bebiendo. El abogado de la familia apeló el veredicto alegando que el estado del coche resultaba sospechoso. Para ello contrató a un especialista en accidentes para que examinara el automóvil.

—Alguien ha cambiado las ruedas y ha colocado otras que estaban viejas y desgastadas —informó el mecánico.

Sin embargo, en la vista judicial no se permitió sacar esto a colación y el asunto se cerró.

Este fue el primero de una cadena de muertes misteriosas de científicos británicos entre los años 1982 y 1990, en su mayor parte de la empresa Marconi. En total, veinticinco casos de muertes y suicidios «extraños».

Otro ejemplo fue el caso de Arshad Sharif, quien era un experto en sistemas de detección de satélites para submarinos. Arshad, con veintiséis años, presuntamente se suicidó de una manera particularmente extraña. En octubre de 1986, se pasó una cuerda alrededor del cuello, ató el otro extremo a un árbol y luego se alejó en su automóvil con el pedal del acelerador pisado a fondo.

También resultó inquietante el caso del ingeniero de la misma empresa llamado David Skeels. En febrero de 1987, David, con cuarenta y tres años, fue encontrado muerto en su automóvil con una manguera conectada al escape. De manera similar falleció otro científico, Peter Peapell, ¡ese mismo mes! Dos *modus operandi* idénticos,

de dos empleados de la misma empresa, de manera casi simultánea. Resulta algo inquietante.

Sin embargo, no queda aquí la cosa. En agosto de 1988, el subdirector de marketing de Marconi, John Ferry, con sesenta años, se encontró electrocutado en su apartamento ¡con cables eléctricos en la boca! Realmente resulta una muy extraña manera de suicidarse.

John Whiteman, otro científico de la misma compañía, supuestamente se ahogó en su bañera. Lo raro de este caso fue que, aunque encontraron el cuerpo rodeado de pastillas y botellas de alcohol vacías, sin embargo, la autopsia no reveló rastros de drogas o alcohol en su cuerpo.

Pero uno de los casos más extraños declarado como suicidio fue el de Shanni Warren, de veintiséis años. En abril de 1987, de acuerdo con el informe forense, se amordazó y, a continuación, se ató los pies con una cuerda y ¡las manos a la espalda! Luego se dirigió hacia un pequeño estanque de medio metro de altura donde se ahogó.

Margaret prosiguió leyendo el informe sobre esos casos extraños. Siguieron apareciendo cadáveres de científicos hasta contar veinticinco. Todos sufrieron extraños «accidentes» y «suicidios». Nadie ha investigado nada. Todo fue tapado, acallado y olvidado.

Algunos creían que fueron asesinados por espías soviéticos, mientras que otros sostenían que su propio gobierno intervino en el triste y espantoso final de los investigadores. Nadie se atrevió a decir nada, salvo que los veinticinco casos fueron solo una coincidencia, como insistió el gobierno conservador de la primera ministra Margaret Thatcher.

Las muertes, la mayoría de ellas aparentes suicidios, son meras coincidencias, en el mejor de los casos atribuibles al estrés inusualmente alto asociado con la investigación de la defensa secreta.

Desde la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad han sido cientos los casos de científicos muertos en extrañas circunstancias. La mayoría han sido casos sin resolver. Dentro del mundo de la ciencia, los más desafortunados, debido a que han sufrido una muerte violenta, han sido los ingenieros nucleares y los bioquímicos. Esas

serían las profesiones más peligrosas, no por su actividad en sí, sino porque son los blancos preferidos de los asesinos.

Capítulo 2. Memorias de familia

«Todo crimen es como una cebolla: hay que cortar a través de muchas capas para ver qué esconde y por el camino hay que derramar unas cuantas lágrimas».

Carlos Ruiz Zafón

El año de 1938 fue un año difícil para la ciudad de Los Ángeles, la ciudad con mayor población del estado de California. En esa época tenía un millón y medio de habitantes. Un denso humo, el smog, cubría la ciudad y sus edificios se vislumbraban con dificultad. La corrupción en el ayuntamiento de la urbe, dirigido por el alcalde Frank Lawrence Shaw, había creado un clima de crispación. El mal uso de los fondos públicos y la mala conducta de la policía hacían que la situación política fuera convulsa. Los escándalos se multiplicaban, pero el cenit llegó cuando, a comienzos del año, una bomba instalada en los bajos del automóvil del investigador privado Harry Raymond explotó. Afortunadamente, el detective consiguió sobrevivir. Estaba investigando tanto al ayuntamiento como a la policía y había recabado pruebas con las que iba a testificar contra el regidor de la ciudad. Todos miraron al alcalde Shaw, aunque no se pudo demostrar su participación en los hechos. Sin embargo, dos policías fueron condenados por el atentado. Posteriormente, en la película dirigida por Crane Wilbur para Warner Bros titulada «El hombre que se atrevió», se da a entender que el alcalde había dado orden a la policía de atacar contra Raymond. Shaw fue forzado a dejar el cargo y esto lo convirtió en el primer alcalde de una importante ciudad estadounidense en ser destituido.

Otro suceso que convulsionó la metrópoli fueron las inundaciones que se produjeron ese año debido al desbordamiento del río Los Ángeles. Este acontecimiento provocó la muerte de setenta y ocho personas y causaron enormes daños materiales.

Definitivamente, ese no fue un buen año para la ciudad, aunque para la familia Dreyfus sí fue bienaventurado, ya que el 15 de mayo nació la pequeña Anne. Su padre Mark Dreyfus sufrió una decepción porque esperaba un varón. Él era un magnate industrial dueño de la empresa Dreyfus Electronics & Communications. La empresa fabricaba sistemas de comunicaciones, tales como transmisores y receptores, para el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, tanto para la marina como para la fuerza aérea. Si bien la familia Dreyfus era de procedencia francesa, sin embargo, estaba muy entroncada en la historia del estado de California, puesto que formaron parte de los primeros colonos que llegaron con la fiebre del oro a mediados del siglo XIX.

La madre de la recién nacida se llamaba Dorinne. Pertenecía a la familia Hafmann, de procedencia alemana, que había inmigrado a principios del siglo XX. Las complicaciones de Dorinne en el parto hacían presagiar que la niña sería el único vástago de la familia. Quizás por el hecho de ser la única prole de la familia Dreyfus, fue educada bajo una estricta instrucción basada en una férrea disciplina y orientada a que sobre la niña recayera tanto la fortuna familiar como la gestión de la empresa.

Los Dreyfus vivían en una gran mansión situada en la zona residencial de Bel-Air. Este era uno de los barrios más exclusivos de la ciudad. Estaba situado muy cerca de Beverly Hills y Holmby Hills, a diecinueve kilómetros del centro de Los Ángeles. Allí vivieron personajes famosos como el director de cine Alfred Hitchcock, las actrices Mary Livingstone y Elisabeth Taylor o los actores Warner Baxter y Clint Eastwood, entre otros.

Los estudios de primaria los realizó la niña en el colegio mixto privado John Thomas Dye. Allí tuvo como compañeros a la actriz Jane Fonda y el que sería famoso jugador de béisbol Wes Parker.

Los estudios de secundaria los realizó en Marymount High School. Se trataba de una escuela católica regentada por monjas de las Religiosas del Sagrado Corazón de María. La escuela era solo para niñas y estaba situada en Sunset Boulevard, frente al campus de la universidad. Tanto el edificio principal como la capilla y el auditorio están catalogados como monumentos histórico-culturales de Los Ángeles.

Anne estudió economía en la Universidad de California en Los Ángeles, conocida por sus siglas UCLA. Allí obtuvo el grado y realizó una maestría antes de entrar a trabajar en la empresa familiar.

La joven tenía dos tíos que eran hermanos de su madre: John y Theodor Hafmann. John era químico y había estudiado con el famoso químico Arnold Beckman, quien recientemente, en 1934, había inventado el medidor de pH. Trabajaba en la empresa Beckman Instruments. Por su parte, Theodor, que también era químico, era dueño de la empresa Glass & Plastics Innovation. Esta empresa desarrollaba diversos materiales cerámicos, cristales, vidrio y plástico que se vendían a la industria local. También proporcionaban equipamiento para manipular estos materiales, tales como hornos, plegadoras, mesas de corte, etcétera.

Theodor Hafmann tuvo una hija llamada Christine, que nació en el año 1932. La niña nació en verano, en plena celebración de los Juegos Olímpicos que estaban teniendo lugar en la ciudad de Los Ángeles. Dos años después, en 1934, tras un parto difícil en el que falleció la madre, tuvo un hijo que llamó Robert.

Tanto Christine como Robert tuvieron una estrecha relación con su prima Anne, ya que vivían muy cerca. Aunque la diferencia de edad entre Anne y Christine hacía que no fueran compañeras de juegos, la primera admiraba a su prima, que era su ejemplo para seguir. Por su parte, Anne y Robert sí interaccionaban más, tanto en juegos como en confidencias. Solía verse a la niña seguir continuamente a su admirado primo, que consideraba como su hermano mayor.

En 1955, los tres primos visitaron el recién inaugurado parque de atracciones Disneyland en Anaheim, al sur de Los Ángeles. Aunque ellos habían sido tres de las veinte mil personas invitadas para el día de la inauguración del 17 de julio, sin embargo, no pudieron acudir ese día que fue funesto para el parque debido a las numerosas averías que surgieron. El día que los jóvenes visitaron el parque de atracciones fue espectacular y quedaron alucinados por el despliegue de ingenio. La entrada al recinto era de ensueño, pues conducía directamente al castillo de la Bella Durmiente. A partir de aquí surgían cinco áreas temáticas: Main Street USA, Adventureland, Frontierland, Fantasyland y Tomorrowland.

La primera de ellas, Main Street USA representaba las calles de un pueblo ambientado en los años 1890, con sus casas y tiendas. Adventureland estaba basado en los documentales de naturaleza sobre África y Asia. Disponía de animales mecánicos y se recorría en un crucero por la jungla. Frontierland estaba basada en el viejo oeste americano. Fantasyland estaba dedicado a los personajes de las películas de Walt Disney. Allí vivían Mickey Mouse y sus amigos, Peter Pan, allí estaba el carrusel de Alicia del país de las maravillas ... Por último, Tomorrowland iba a estar dedicado a la tecnología futurista. Sin embargo, debido a las prisas por abrir el parque, en ese momento era un escaparate de algunas empresas colaboradoras.

Los jóvenes estaban encantados y, aunque aún no lo sabían ni lo podían imaginar, ese sería el último día en que compartirían una auténtica felicidad, porque se avecinaban nubes negras en el horizonte.

Triste destino

Robert Hafmann había estudiado ingeniería eléctrica en el afamado Instituto de Tecnología de California o Caltech, muy cerca de la ciudad de Los Ángeles. Cuando terminó sus estudios de grado comenzó a trabajar en la empresa paterna, Glass & Plastics Innovation. Su tarea consistía en el desarrollo de instrumentación y equipamiento. En 1956, la empresa pasaba por momentos de dificultades financieras. Por intercesión del químico e industrial Arnold Beckman, William Shockley, inventor del transistor y Premio Nobel de Física, negoció con Theodor Hafmann la compra de equipos para la nueva compañía que estaba creando, Shockley Semiconductor Laboratories. Esta compañía estaba soportada financieramente por el propio Beckman y se iba a dedicar a la fabricación de transistores de silicio. Además de equipamiento, la nueva industria necesitaba de cristales de semiconductores que el propio Hafmann suministraría. El contrato permitiría salvar a la compañía y se financiaría con contratos que se estaban negociando entre la empresa de Shockley y el Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Era la época de la Guerra Fría y la industria electrónica estadounidense dependía de los contratos con el gobierno.

Arnold y Theodor se conocían desde la estancia del primero en Caltech en 1923. Allí estuvo Arnold un año realizando su tesis doctoral. Luego marchó a Nueva York con objeto de estar cerca de su prometida. Cuando se casó en 1925, volvió a Caltech para

dar clases y terminar su tesis. En esa época conoció al brillante estudiante William Shockley. Las familias de Arnold, Theodor y Bill mantuvieron una relación muy estrecha, tanto que los hijos de Theodor consideraban a Arnold y Bill como parientes.

Tras el acuerdo entre las empresas de Theodor y de Bill comenzaron a surgir los problemas. La compañía de Shockley se retrasaba en la producción de transistores, lo que dio lugar a que los contratos con los militares no se firmaran. Con objeto de ahorrar fondos, William Shockley decidió que ellos construirían sus equipos y cultivarían sus cristales. Esto fue catastrófico para Glass & Plastics Innovation, que no pudo soportar el endeudamiento que tenía y quebró. Theodor estaba desesperado, debido a que era la ruina de la familia. Su desesperación lo llevó al suicidio en su despacho, de un disparo en la cabeza, en diciembre de 1956. Tenía cincuenta y siete años.

La persona que encontró el cadáver fue su hijo Robert. Al oír la detonación del disparo, el joven Hafmann salió apresuradamente hacia la oficina, acompañado de la secretaria de su padre. Al abrir la puerta encontró a su progenitor abatido en el sillón frente al escritorio. La cabeza se encontraba ensangrentada. Al acercarse vio una pistola tirada en el suelo junto a un charco de sangre. La mano izquierda la tenía apoyada sobre la mesa y tenía agarrado un pequeño estilete. Era un estilete de cristal de silicio.

Robert quedó en shock. En su mente se repetirían las imágenes del cuerpo sangrante de su padre y el estilete en la mano. Se trataba de un estilete fabricado con el primer cristal de silicio que su compañía había cultivado. Se había realizado una tirada de unos cincuenta ejemplares que se utilizaban como obsequio para los clientes importantes a modo de propaganda.

Arnold Beckman y William Shockley se sintieron responsables de la desgracia de la familia Hafmann e intentaron protegerla. Entre las medidas que tomó Shockley fue la de contratar a Robert en su nueva compañía. Esto hizo que el joven viera en su mentor una figura paterna que le daba una cierta estabilidad emocional.

A comienzos de 1957 en la empresa se respiraban aires de descontento. Los proyectos fallidos hacían que la situación económica fuera cada vez peor. El inversor de la compañía, Arnold Beckman, estaba cada vez más preocupado.

—Tío Bill —así era como Robert llamaba a Shockley desde niño—, creo que nos están saboteando.

—¿Cómo dices?, ¿por qué crees eso? —preguntó Bill con suspicacia. Ya presagiaba que algo de esto estaba ocurriendo, pero no tenía evidencias claras.

—Los retrasos se deben a que los investigadores no realizan las tareas programadas. Cuando sales de viaje se dedican a otros asuntos.

En efecto, la dirección de Shockley estaba siendo cada vez más errática. Tras cada viaje cambiaba los objetivos de la empresa con nuevas ideas que traía. Los investigadores decidieron seguirle la corriente, aunque en cuanto Bill salía a un nuevo viaje se centraban en el objetivo inicial que era fabricar transistores de silicio.

A mediados de año había rumores de una huida masiva de empleados. De hecho, ya habían salido varios importantes ingenieros e investigadores. Sin embargo, lo peor ocurrió en el verano de 1957. Ocho de los mejores científicos crearon su propia compañía llamada Fairchild Semiconductor.

Historias de una familia

La inspectora Margaret se acercó a la mesa de la detective Clara García.

—Quiero que investigues a la familia Dreyfus. Algo no me cuadra en la declaración de la señora Anne Dreyfus. Sabe más de lo que nos ha contado, dado que la frase que dijo que «la historia se repite» indica que esconde algo del pasado.

—Yo me encargo de eso —se ofreció Ron.

—No, a ti te necesito para que investigues las actividades de la empresa del difunto. Tengo una corazonada de que detrás de esto hay intereses económicos.

—Pero yo preferiría indagar en las cuestiones familiares —insistió Ron.

—No me hagas perder el tiempo con discusiones y haz tu trabajo —zanjó Margaret marchando hacia su despacho. Le molestó la actitud de Ron. Era la primera vez que ponía en evidencia sus órdenes y, además, delante de sus subordinados.

La detective Clara se puso manos a la obra. En primer lugar, revisó los archivos policiales. A continuación, investigó en los archivos municipales de Santa Clara, San Francisco y Los Ángeles. Esta tarea le llevó bastante tiempo. Finalmente, visitó las cámaras de comercio de las tres ciudades.

Cuando Clara se presentó en el despacho de Margaret llevaba un abundante dossier.

—Esto es lo que he encontrado. Puedes revisarlo, pero no creo que haya nada significativo.

—Hazme un resumen.

—Anne Dreyfus nació en el año 1938. Fue hija única y a la muerte de su padre Mark Dreyfus, quien falleció con setenta y cinco años, heredó la importante compañía Dreyfus Electronics & Communications. Esto ocurrió en el año 1980.

Clara hizo una pausa para revisar sus notas.

—Aquí lo tengo. Hace nueve años, en 1998, Anne se casó con la víctima, Zidovsky Allen. ¡Ella tenía sesenta años y él treinta y seis! ¡Fíjate en la diferencia de edad!

—Sí, pero teniendo en cuenta la manera en la que vivían, el desapego que se tenían, no creo que fuera un matrimonio por amor, sino de conveniencia.

—Es cierto, ya que al casarse unieron las empresas de ambos y constituyeron, en Palo Alto, en pleno Silicon Valley, la compañía Dreyfus & Allen Microelectronics. Las acciones de la nueva empresa triplicaron su valor al de las dos compañías por separado.

—Está claro que la boda fue un buen negocio. Pero esto ya lo sabíamos. Lo que me interesa es conocer el entorno familiar —dijo Margaret.

Clara rebuscó en sus notas y continuó con su narración.

—El padre de Anne, Mark Dreyfus, era hijo único y no tenía parientes cercanos. Sin embargo, su madre Dorinne fue la menor de tres hermanos: Theodor, John y ella, Dorinne.

»Sus hermanos eran químicos. El mayor, Theodor, tenía una empresa llamada Glass & Plastic Innovations situada en Los Ángeles, mientras que John trabajaba en la empresa Beckman Instruments situada en San Diego. Esta última empresa pertenecía al afamado químico Arnold Beckman.

»Ahora viene lo oscuro que he encontrado en la familia. Verás, la empresa de Theodor quebró en 1956 y él se suicidó. Tenía cincuenta y siete años.

—¿Por qué quebró?

—No lo sé, aunque si quieres puedo averiguarlo.

—De acuerdo, continúa —ordenó Margaret a la detective.

—Theodor tuvo dos hijos: Robert, que es dueño de la empresa HEC (Hafmann Electronics & Computers), y Christine, que murió en 1999 con sesenta y siete años en extrañas circunstancias. Al parecer se suicidó.

—Vaya, parece que esta familia es propensa a los suicidios. Busca más datos sobre esto también.

—Esto es lo que tengo por ahora. En el dossier tienes la documentación sobre lo que te he contado: copias de certificados de nacimiento, de matrimonio, de defunción, actas de constitución de empresas, etcétera.

Clara se levantó y salió de la habitación.

«Las historias de familia siempre guardan algo oscuro» —pensaba Margaret mientras colocaba el dossier en un estante de un mueble abigarrado de expedientes.

La entrevista

Margaret salió del despacho en busca del subinspector Ron. Sin embargo, no lo encontró.

—Creo que ha ido a la Cámara de Comercio —dijo el subinspector James Olson.

—Pues entonces acompáñame tú. Quiero tener una entrevista con la viuda.

Ambos salieron en dirección a la cercana ciudad de Palo Alto. Cuando llegaron a la casa de Anne Dreyfus una doncella los hizo pasar al salón. Allí estaba Anne junto a un hombre que superaba los setenta años.

—Le presento a mi primo Robert. ¿Hay novedades en el caso?

—Aún no tenemos nada nuevo. Me alegro de conocer a su primo porque necesito que me hablen de su familia. Creo que esto nos puede hacer avanzar más rápidamente.

—No sé qué quieren saber. Mi familia no es extensa y la prensa del corazón ya ha contado todo, incluso más de lo que yo podría decirle.

—Señor Robert, usted no tiene hijos, ¿no es así? —preguntó Margaret.

—Efectivamente, soy un soltero empedernido y, a mi edad, creo que seguiré así, a no ser que tenga alguna posibilidad con usted —sugirió Robert guiñando un ojo a la inspectora y mostrando una pícara sonrisa.

—Lo siento, pero me temo que no me interesa repetir la experiencia, dado que con un marido me ha sobrado —respondió Margaret ante los tejos que le tiraba el simpático anciano.

—Ni mi primo ni yo tenemos hijos, aunque sí sobrinos —señaló Anne, cambiando el sesgo que estaba tomando la conversación—. Son los hijos de mi prima Christine, hermana de Robert. Ella se casó con Richard Langley, dueño de la empresa Langley Electronics. Tuvieron dos hijos: Richard Jr. y Theodor. Ambos trabajan en nuestras empresas y serán nuestros herederos.

—Cierto, de hecho, yo ya me estoy retirando y es mi sobrino Theodor quien se está encargando de la empresa —afirmó Robert.

—Y en mi caso, mi sobrino Richard ya está preparado para hacerse cargo de la compañía que dirijo —informó Anne.

El subinspector Jim estaba tomando notas de la conversación en una pequeña libreta. Al oír los comentarios de Anne y Robert paró de escribir y revisó las hojas hasta que se detuvo en una página.

—Creo que son tres sobrinos —comentó dirigiéndose a la señora de la casa—. Según mis notas, tenemos a: Leonor nacida en 1952, mientras que Richard nació dos años después, y Theodor llegó en 1957.

Margaret observó cómo Anne se inquietaba y se le crispaban las manos. Sin embargo, Robert no mostró ningún cambio, parecía como si no se hubiera enterado.

—Leonor desapareció hace muchos años y no hemos vuelto a saber nada de ella. Era una chica muy difícil, desquiciada, completamente demente. Para la familia está muerta —decretó Anne.

Leonor

La joven Leonor Langley era una muchacha muy inquieta. Había nacido en el año 1952 en el seno de una familia muy tradicionalista. Tanto su padre Richard como su madre Christine eran sobreprotectores con la niña. Ella fue la mayor de tres hermanos.

Leonor nació el mismo año que Paul Stanley, quien fue cantante y guitarrista de la banda Kiss, al igual que Stewart Copeland, quien formaría parte de la banda Police. También fue contemporánea de David Stewart, que sería músico de la banda británica Eurythmics, así como de Neil Peart, que se convertirá en baterista canadiense de la banda de rock progresivo Rush, y, entre otros, Douglas Glenn, más conocido como Dee Dee Ramone, cofundador del grupo de punk rock Ramones. La música de Elvis Presley, Chuck Berry o Jerry Lee Lewis marcaron su juventud. Siempre a escondidas de sus padres.

Su familia la consideraba una adolescente rebelde, una cabeza loca que se rodeaba de compañías poco recomendables. El problema fue que, en parte, tenían razón. Leonor o Leo, como la llamaban tanto su familia como sus amigos, sentía una necesidad de rebelarse contra el estatus que tanto la oprimía y asfixiaba.

En ese estado de cosas, Leo conoció a Phil, que era un joven miembro de un movimiento libertario, pacifista, ecologista, que creían en el amor libre y que usaban las drogas, como la marihuana, el LSD y otras, para evadirse y viajar a mundos nuevos, diferentes y mejores que la realidad en la que vivían. Ese grupo, en el que Leo se integró, eran conocidos como hippies.

Con tan solo dieciséis años Leo marchó de su casa con su nueva familia adoptiva, que se autodenominaba «Hijos de la tierra en primavera». El grupo vivió una temporada en San Francisco, en el barrio de Haight-Ashbury, cuna del movimiento hippie. En ese barrio vivían Janis Joplin y Jimi Hendrix. Allí se formaron numerosas comunas hippies.

Pocos años antes de la llegada de Leo al barrio, en torno a 1961, llegó desde Jalisco, en México, un joven de catorce años. Solía trabajar, a tiempo parcial, de lavaplatos en los bares para pagarse los estudios de guitarra. En la cervecería The Gold Cane, situada en el 1569 de Haight Street, solía tocar la guitarra en los descansos de su tarea. En esa época, el barrio estaba en efervescencia con el nuevo movimiento Beatnik, que sería el precedente del movimiento hippie de finales de esa década. Su nombre era Carlos Humberto Santana Barragán y se haría famoso como Carlos Santana. Solía cantar una versión, no muy buena, de una canción, «*Evil Ways*», que él mismo modificaría en el futuro y formaría parte de su primer disco titulado «Santana», publicado en 1969 y que tuvo gran impacto en la famosa congregación hippie de agosto de 1969, el Festival de Woodstock.

Precisamente, Leo estuvo en el Festival de Música y Arte de Woodstock, en el estado de Nueva York. Dicho mítico festival duró tres días, desde el viernes 15 hasta la mañana del lunes 18 de agosto. Allí se dieron cita artistas y grupos de la talla de Jimi Hendrix, quien en su actuación realizó el mítico toque de guitarra del himno nacional de Estados Unidos o su «*Voodoo Child*»; Richie Havens, que con su convulsivo «*Freedom*» puso en pie al extenso campo lleno de espectadores; Joan Báez que deleitó con su especial versión del góspel «*Oh Happy Day*» o la melódica versión de «*Joe Hill*»; Santana tocó su rítmico «*Soul Sacrifice*». También actuaron esos días The Who, Joe Cocker, Janis Joplin y Crosby, Stills, Nash & Young, entre otros muchos.

En esa época, Leo quedó embarazada. Al año siguiente nació un niño. Su embarazo le cambió la vida. Ella y Phil se separaron del grupo que consideraban su familia y se quedaron a vivir en la ciudad de Nueva York. Al poco tiempo de nacer el niño, su padre desapareció cierto día de sus vidas. No hubo despedidas, ni llamadas, ni cartas. Simplemente, Phil se marchó y nunca supieron nada de él.

La vida de Leonor fue difícil en esos años. Ella mantuvo la distancia con su familia biológica. No quiso establecer ningún contacto con sus parientes que

desconocían la existencia del niño. Tuvo muchos trabajos de índole diversa: legales, alegales e ilegales. Finalmente, tuvo un final trágico debido a una extraña y reciente enfermedad que propagaba un misterioso virus. Fue una de las primeras fallecidas, allá a inicio de los años ochenta, debido a lo que se conocería como síndrome de inmunodeficiencia adquirida o SIDA.

Aunque pasó por varias casas de acogidas, el niño mantuvo el apellido del padre fugitivo. Se enroló en el ejército estadounidense y, cuando se licenció, ingresó en la academia de policía de la ciudad de San Francisco. De esta manera, Ronald Farmington llegó a ser, con treinta y cinco años, subinspector de policía.

Ron

—Estás suspendido. Entrégame tu placa y tu arma —la orden de Margaret al subinspector Ronald era tajante—. Estoy muy decepcionada contigo porque me has engañado.

—Compréndeme, yo soy el primer sorprendido —se defendió Ron—. Yo no tenía ninguna idea de esto. Mi madre nunca me habló de su familia.

La detective Clara había estado indagando en la vida de Leonor y había descubierto el asombroso desenlace. Nadie podía esperar las conclusiones que había obtenido. Margaret estaba indignada con su subordinado.

—No, compréndeme tú. Te has convertido en sospechoso. Además, creo que has estado obstruyendo la investigación; si no, ¿por qué querías ser tú quien indagara en los asuntos de la familia? ¿Cómo es que no has conseguido resultados en tus pesquisas sobre sus empresas? Dime, ¿qué ocultas?

—Estás muy equivocada. Yo no sabía nada de mi parentesco con esa familia. ¿Qué hubiera ganado con el crimen?

—Te voy a decir lo que pienso. Creo que los odiabas porque los consideras responsables de las desgracias de tu madre y de las tuyas. Opino que has querido vengarte. Pienso que pensabas que controlarías la investigación. Tienes que dar muchas explicaciones y ser más convincente.

—No sé cómo, pero te voy a demostrar que estás equivocada y que no estoy implicado en lo que me acusas —se defendió Ron mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia la salida del despacho.

—Quiero que estés localizable. Tengo muchas preguntas que hacerte —dijo Margaret mientras Ron salía de la habitación. No sabía qué era, aunque algo no cuadraba en esta historia. A pesar de la conversación que habían mantenido, ella seguía confiando en su subinspector y sentía que este caso se estaba complicando.

Capítulo 3. Estiletes sangrientos

«Los celos, cuando son furiosos, producen más crímenes que el interés y la ambición».

Voltaire

La empresa Motorola fue líder en el mercado de los teléfonos móviles y fue la principal competidora de Intel en el desarrollo de microprocesadores.

Motorola surgió en 1928 cuando los hermanos Paul y Joseph Galvin crearon, en la ciudad de Chicago, una empresa denominada Galvin Manufacturing Corporation. Esta empresa se dedicaba a fabricar un dispositivo que convertía la corriente alterna en corriente continua para los aparatos de radio. Pronto, en 1930, la empresa se enfocó en la fabricación de receptores de radio para automóviles y cambiaron el nombre de la compañía, que pasó a denominarse Motorola, de «motor» (por automóvil) unido con «ola» (de la empresa Victrola, una compañía discográfica y fabricante de fonógrafos que se convirtió en una empresa radiofónica y cuyo nombre implicaba sonido). Así, la marca Motorola significaba sonido en movimiento.

Durante la Segunda Guerra Mundial la compañía se enfocó en el desarrollo de radios. En 1940 lanzó el primer *walkie-talkie* portátil del mundo, que fue muy utilizado por el ejército estadounidense. Una vez terminada la guerra, la compañía continuó en el negocio de las radios y añadió entre sus productos a los televisores.

La célebre frase que pronunció Neil Armstrong cuando pisó la Luna el 20 de julio de 1969, «un pequeño paso para un hombre, un gran salto para la humanidad», fueron emitidas por un transmisor de Motorola.

Motorola ha estado muy ligada a la telefonía móvil, si bien los orígenes del teléfono móvil se remontan a 1947, gracias al equipo de ingenieros dirigido por Douglas

Ring, que trabajaba para Bell Labs. Sin embargo, la tecnología de la época no permitió el desarrollo de la red de telefonía móvil. No fue hasta abril de 1973 cuando se realizó la primera demostración de un teléfono portátil por Motorola, mientras que en 1983 esta compañía lanzó el primer dispositivo celular comercial del mundo. Solo cinco años después, los teléfonos móviles representaban dos tercios de los ingresos brutos de la empresa. En esa época, dos compañías lideraban el mercado: Motorola y Nokia. Sin embargo, en 2007 Apple lanzó el iPhone y Motorola no supo responder al avance tecnológico que dicho dispositivo supuso. Este fue el inicio del declive de la compañía y la pérdida de liderazgo en la telefonía.

Si bien el negocio estrella de la firma era la telefonía móvil, esta se basaba en la capacidad de la empresa de fabricar circuitos integrados y, en especial, microprocesadores.

En noviembre 1971 Intel fabricó el primer microprocesador. Se trataba de un chip llamado 4004. Usaba datos de cuatro bits y se utilizó en la comercialización de calculadoras. Unos meses después, en abril de 1972, Intel sacó el microprocesador 8008, con el que se extendía el manejo de datos de cuatro a ocho bits. En abril de 1974 apareció el procesador 8080, también de ocho bits, que era una mejora significativa del anterior microprocesador. Al año siguiente, en 1975, Motorola creó un procesador de ocho bits que llamó 6800, a causa de que tenía ese número de transistores. A partir de este momento la competencia en el mundo de los microprocesadores la lideraban Intel y Motorola.

En 1978 Intel lanzó el 8086, un procesador de dieciséis bits. Un año después, Motorola puso en el mercado el 68000, un procesador de dieciséis bits, si bien tenía registros de almacenamiento internos de treinta y dos bits. Este procesador lideró la tecnología informática, ya que se usó en sus productos por compañías como Apple, Commodore, Atari, Sun Microsystems y Hewlett-Packard.

En enero de 1983, la recién creada compañía Apple comercializó su primer ordenador llamado Lisa, que se construyó en torno al procesador 68000 de Motorola. A partir de ese momento la relación entre ambas compañías fue muy estrecha. Sin embargo, la competencia de los procesadores de Intel era muy fuerte. Esto hizo que se crease una alianza entre Apple, IBM y Motorola para desarrollar nuevos procesadores,

los PowerPCs. En los siguientes años, Apple lanzó alrededor de ochenta y siete modelos diferentes de ordenadores Mac que usaban en su unidad central de procesamiento o CPU un procesador PowerPC.

Sin embargo, un evento tuvo lugar en 1999 que cambió el destino tanto de Apple como de Motorola. Hacía poco tiempo que Steve Jobs había regresado a Apple con el objetivo de sacar a la compañía de la bancarrota en la que se encontraba. Cada nueva versión de un ordenador Mac suponía un reto nuevo en la velocidad de operación del procesador. En ese año Apple encargó a Motorola una versión del PowerPC que funcionase a dos gigahercios. Este requisito provocó grandes dificultades de diseño y Motorola no pudo alcanzar esa especificación, lo que produjo retrasos en el desarrollo del procesador. Entre los primeros problemas, de los muchos que surgieron, estaba el inconveniente del ruido que daba lugar a errores en el funcionamiento. Motorola no conseguía superar los quinientos megahercios. Ante esta situación Apple rompió su compromiso con Motorola y encargó el diseño a IBM. Steve Jobs se dio cuenta de que si quería ser competitivo, debía cambiar de suministrador, de manera que, unos pocos años después, los ordenadores Macintosh usaban los procesadores de Intel que eran la competencia de Motorola.

Theodor Langley estaba furioso. Él era uno de los ingenieros de Motorola que trabajaba en el desarrollo del microprocesador PowerPC.

—Steve Jobs y ese canalla de Christopher Mallone, el director del Departamento de Negocios, Compras y Suministros de Apple, nos han hundido. Tan solo hemos pedido unos meses de prórroga para mejorar el diseño del procesador y, sin embargo, se han negado. Nos han traicionado —se quejaba Theodor a su hermano Richard.

—Yo sí que tengo razones para estar enojado con esos dos tipos. Ellos son los responsables de la bancarrota de nuestra empresa familiar. Se escudan en que nuestros productos no tienen el nivel de calidad que ellos reclamaban.

—No te preocupes hermano, que recibirán su merecido.

De esta manera, la merma de la influencia en la industria semiconductora de los procesadores, en favor de Intel, y la pérdida del liderazgo en el negocio de la telefonía, en favor de Apple, supuso el declive de Motorola, que arrastró tras sí la decadencia de la

familia Langley. En ese momento no lo sabía nadie, pero también la poderosa Nokia terminaría desapareciendo ante la imposibilidad de competir con Apple y su nuevo «*smartphone*».

Casos del pasado

Margaret, al volante de su automóvil, de camino hacia la comisaría, se hallaba parada en un clásico atasco matinal. Pensaba, con preocupación, que el caso en el que se encontraba trabajando estaba estancado. No tenía pistas ni pruebas. Solo tenía un sospechoso y era su ayudante y compañero, el subinspector Ronald Farmington. Se trataba de un sospechoso por motivos circunstanciales, considerando que no tenía pruebas que lo incriminaran.

Cuarenta minutos después, Margaret pudo cruzar la puerta de la sala que concentraba a su equipo. Nada más verla, Jim se levantó de su mesa.

—Jefa, tenemos que hablar —dijo mientras la seguía a su despacho.

—Por favor, dime que tienes algo. Cuéntame algo útil. Hoy tengo un humor de perros.

Entraron en el despacho y nada más llegar al escritorio, sin siquiera sentarse, Jim puso sobre la mesa un dossier.

—He seguido buscando crímenes parecidos, que tuvieran un patrón común. Adivine cuántos he encontrado —dijo con una sonrisa y haciendo una pausa teatral.

—Por favor, Jim, no estoy para juegos. Habla.

—Pues he encontrado cinco casos exactamente iguales, ¡cinco! —exclamó mientras abría el dossier y enseñaba la información que contenía.

—El primero fue en el año 1957. También fue, como este último crimen, en el hotel Clift de San Francisco.

—¡No me digas! ¿Cómo no nos hemos dado cuenta hasta ahora? Dos casos iguales en el mismo lugar. ¡Es increíble!

—Se trataba de un comerciante textil del pueblo de Weaverville llamado Bud Cole. Murió de un tiro en la cabeza y tenía clavado un estilete de cristal en el corazón. No robaron nada y todo estaba en orden.

—Es exactamente igual que el de Zidovsky Allen —murmuró pensativa Margaret.

—El segundo caso fue en 1971. Se trataba de Michael Balstrom, un ingeniero de la compañía Intel. Murió en su casa de un tiro en la cabeza y tenía un estilete de cristal de silicio clavado en el corazón.

»El tercer crimen fue el de Cristopher Mallone en 1999, en su casa en Santa Clara. Era un ejecutivo de Apple. También se usó el mismo *modus operandi*: disparo en la cabeza y un estilete de cristal en el corazón.

Margaret no salía de su asombro, la historia que le estaba narrando Jim parecía una ficción inverosímil.

—El cuarto ya lo conocemos, fue en 2003. La víctima era Robert Golsam, un ingeniero de la empresa Intel.

»Por último, tenemos a nuestra quinta víctima, Zidovsky Allen, en 2007.

—¡Asombroso! —exclamó Margaret—. Pero espera que recapitulemos. Dices que el primero fue en 1957 y el último en 2007. Han pasado cincuenta años. Esto quiere decir que, o bien el último asesinato lo realizó un anciano, o bien hay, al menos, dos asesinos.

—Por lo tanto, estamos igual que al principio —dijo Jim resignado.

—No, ahora sí tenemos una información muy útil. Tenemos que averiguar el motivo. Seguro que eso nos da pistas sobre el criminal.

»Céntrate en las circunstancias de cada muerte. Puede que tengamos algo. Tengo una corazonada. Fíjate que los crímenes, salvo el primero, están relacionados con empresas tecnológicas: Intel, Apple y Dreyfus & Allen Microelectronic. Debe haber una relación.

Jim salió del despacho y se dirigió en busca de Tom, el informático. Mientras tanto, Margaret no dejaba de darle vueltas a la información que acababa de recibir.

«Algo no cuadra en el cronograma de los crímenes. Parece que ahora está más ansioso por matar, mientras que antes era más calmado. Los dos últimos crímenes tienen cuatro años de diferencia, mientras que los primeros tienen once y veintiocho años. Creo que aquí hay un imitador. Estoy convencida de que tenemos, al menos, a dos individuos».

Los sucesos y sus circunstancias

Esa misma tarde, el subinspector Jim Olson y el informático Tom entraron en el despacho de la inspectora Margaret.

—Hemos realizado una revisión de la situación de las empresas en cada uno de los acontecimientos, pero no tenemos mucho —dijo Jim, adelantándose así a posibles preguntas de su jefa—. He estado trabajando con Tom revisando estados de cuentas, informes y auditorías de las empresas y nada, no tenemos nada.

—Hola, Tom —saludó Margaret al tímido, aunque eficiente informático, quien apenas balbuceó alguna palabra inteligible—. Vamos paso a paso. Empecemos por el principio: el caso del comerciante textil Bud Cole en el hotel Clift en 1957. ¿Qué tenéis de ese caso?

—No mucho. Según los informes policiales, el fallecido vino a San Francisco buscando nuevos proveedores. Había llegado la noche anterior al día en que se encontró su cadáver —explicó Jim—. No tenemos nada más.

—Bueno, pero ese fue un día importante —dijo Tom en un susurro.

—¿Cómo dices, Tom?, explícate —ordenó la inspectora.

—Ese día se llegó a un acuerdo para crear la compañía Fairchild Semiconductor, la incubadora de empresas de Silicon Valley —respondió Tom, sorprendido de que los otros no conocieran esa historia.

—¿Pero eso qué tiene que ver con el caso?

—El acuerdo se firmó ese día, precisamente en el hotel Clift, entre ocho investigadores que abandonaban su empresa para crear una nueva compañía y por eso los llamaron «los ocho traidores». El acuerdo lo firmaron con dos banqueros de Nueva York llamados Arthur Rock y Bud Coyle. Ellos ...

—Espera, espera —interrumpió Margaret, que había saltado como un resorte en el sillón—. ¿Cómo se llamaba el banquero?

—Arthur Rock.

—No, el otro.

—Bud Coyle.

—¡Claro!, Bud Coyle. Bud Cole —decía Margaret con una sonrisa que comenzaba a dibujar en su cara—. ¿No veis la similitud en el nombre? Dos personas con nombres muy parecidos en el mismo lugar. Creo que el asesino se equivocó y buscaba otra víctima.

—Tiene sentido. Si Bud Coyle hubiera muerto lo más probable es que todo el proceso de creación de Fairchild se hubiera detenido, puesto que este era el hombre fuerte. El otro banquero era muy joven y con poca experiencia aún.

—Vamos a hacer una suposición. Alguien no quería que se creara la nueva compañía y eliminó a la persona que la podía poner en marcha. ¿Quién se beneficiaba de esto?

—Claramente, la empresa de la que iban a desertar, Shockley Semiconductor Laboratories —comentó Tom—. El propio William Shockley fue quien los llamó «los ocho traidores».

—Puede que tengamos algo por aquí —dijo Margaret algo más relajada—. Veamos el siguiente caso.

—Sí, ocurrió once años después, en 1971 —relataba Jim—. La víctima era un ingeniero de Intel llamado Michael Balstrom.

—Ese año se inventó en Intel el primer microprocesador, llamado 4004, que se usó en calculadoras —explicó Tom—. Michael Balstrom formaba parte del equipo de diseño de Federico Faggin, uno de los inventores del microprocesador, junto a Ted Hoff, Stan Mazor y Masatoshi Shima.

—Alguien no quería que eso funcionara —dijo Margaret—. Habrá que revisar las empresas competidoras. El tercer caso fue veintiocho años después, ¿no?

—Efectivamente, fue en 1999. La víctima fue Christopher Mallone, un ejecutivo de Apple. No he encontrado nada especial. En esa época Steve Jobs había vuelto a su compañía y la empresa se estaba recuperando de una crisis.

—Pues alguien no quería que la empresa se recuperara.

—En esa época también hubo conflictos entre Apple y Motorola —puntualizó Tom—. De hecho, la empresa de la manzana mordida dejó de comprar los procesadores de Motorola para conseguirlos de IBM. Unos años después, Apple se alió con Intel como suministrador de procesadores.

—Tendremos que seguir las diferentes opciones, tanto interna de Apple como externa —concluyó la inspectora—. El cuarto caso afecta a Intel.

—Efectivamente, solo cuatro años después, en 2003, fue asesinado Robert Golsam, un ingeniero de Intel. Este ingeniero estaba involucrado en el diseño del procesador Pentium 5. Puesto que al morir no pudo trabajar en ello, ese procesador fue tal fiasco que Intel abandonó la línea Pentium qué tantos éxitos le habían dado anteriormente.

—Por último, nuestro quinto caso afecta a la empresa Dreyfus & Allen Microelectronics —dijo Margaret.

—También hemos descubierto, Tom y yo, que esa empresa no solo trabajaba para defensa, sino también para Apple. Suministra las pantallas TFT para los nuevos teléfonos iPhone de Apple.

—Recapitulemos —dijo Margaret mirando pensativa sus notas—. Tenemos las empresas siguientes: Shockley Semiconductor, Intel y empresas rivales, Motorola, IBM, Apple y Dreyfus & Allen Microelectronics. Casi nada, medio Silicon Valley.

—Deberíamos buscar a personal de esas empresas con nexos comunes —dijo Tom en voz alta, aunque su discurso se dirigía a sí mismo.

—Eso es, adelante, encárgate tú —ordenó Margaret a un sorprendido Tom.

Sospechas

Cuando Jim y Tom hubieron salido de la oficina de la inspectora, Margaret llamó al detective Patrick Neurwy. A él le había encargado que investigara al subinspector Ronald Farmington.

—Dime Pat, ¿qué novedades tienes?

—Poca cosa, Ron, bueno, el subinspector, no tiene coartada para el día del asesinato de Zidovsky Allen. Él dice que pasó la noche en su casa, solo.

—Eso me gusta. La mejor coartada es no tener coartada. Si fuera culpable seguro que habría buscado algo para despistarnos. ¿Qué relación podría tener Ron con los demás casos?

—Desde luego, él no pudo participar ni en el primero ni en el segundo asesinato, debido a que aún no había nacido en un caso y era un bebé en el otro. Sin embargo, en los demás hechos ya se encontraba trabajando en el Departamento de Policía de San Francisco.

—Tampoco veo que haya motivación. Salvo quizás el último caso que podría haber sido por despecho, en los otros casos no le veo la razón de su participación. Es más, incluso el último caso no le veo que tenga sentido, considerando que, si el motivo hubiera sido la venganza, las víctimas lógicas habrían sido sus familiares: Anne Dreyfus o Robert Hafmann.

»De todas formas vigila a Ron. No vaya a hacer alguna tontería.

Una vez entrevistada con el detective Patrick, la inspectora llamó a la detective Clara García.

—Hola, Clara, ¿cómo llevas la investigación de las familias Dreyfus y Hafmann?

—Creo que ya tengo algunos datos. Voy a comenzar con la señora Anne Dreyfus. Por lo que sé, ella trabajó en Dreyfus Electronics & Communications, la empresa de su padre, y tras casarse en la nueva compañía llamada Dreyfus & Allen Microelectronics. Para el día de nuestro caso no tiene coartada, puesto que dice que estuvo sola en su casa.

—Ella podría tener un motivo que sería eliminar a su marido, el cual se estaba convirtiendo en un lastre, para colocar a su sobrino. Sin embargo, para el resto de los crímenes no encuentro motivación alguna.

—Luego tenemos a su primo, Robert Hafmann. Al parecer se encontraba hospitalizado en el Hospital Psiquiátrico Christine Hafmann. Es una clínica creada y financiada por Robert en honor de su hermana. Sin una orden judicial no me han dejado ver su historial médico.

—Pues tendremos que conseguirlo —aseveró Margaret—. Parece que el señor Robert tiene coartada, aunque creo que débil, teniendo en cuenta que ese hospital es de la propia familia Hafmann.

—Sí, pero el director del centro me dijo que estaba sedado y en compañía de su sobrino Richard Langley.

»El señor Robert Hafmann trabajó en la empresa de su padre, Glass & Plastics Innovation, hasta que quebró y su progenitor se suicidó en 1956. Luego fue contratado en Shockley Semiconductor hasta que su director, William Shockley, dejó la compañía allá por 1960. En ese año pasó a Motorola y luego a American Microsystems, Inc. Allí trabajó como diseñador de circuitos integrados. Finalmente, creó su propia empresa en 1988, Hafmann Electronics & Computers, conocida como HEC.

—Tiene la edad para haber cometido los cinco crímenes. Además, tiene una aversión, no disimulada, hacia Fairchild, Intel y Apple. ¿A qué se dedica su empresa?

—Principalmente desarrolla componentes para Nokia, que es la empresa líder en el mercado de los teléfonos móviles.

—¿Algo más de Robert Hafmann?

—Nada, salvo lo que ya conocemos, que es soltero y tiene movilidad reducida, ya que necesita un bastón.

—¿Qué sabemos de su sobrino Richard Langley?

—Richard Langley tiene coartada, a causa de que estuvo cuidando de su tío Robert en el hospital. Hay varias personas que así lo aseguran.

—Vaya, qué oportuno, un hospital lleno de médicos, enfermeros y celadores y, justo ese día, él se queda allí para cuidar a su tío, que es el dueño de la institución. No me lo trago.

—Estudió ingeniería eléctrica y tras la muerte de su padre se hizo cargo de la empresa Langley Electronics, hasta que quebró en 1998. Después trabajó en la compañía de su tío Robert Hafmann.

—¿Sabes por qué quebró la empresa Langley Electronics?

—Sí, al parecer el principal cliente de Langley Electronics era Apple, hasta que regresó Steve Jobs, en septiembre de 1997, que rescindió el contrato.

—Debe tener un gran resentimiento hacia Apple y hacia Steve Jobs —dijo Margaret pensativa—. Esto podría ser un motivo para el tercer crimen y, además, al igual que su tío, tiene interés en detener a Apple en la carrera por la telefonía móvil, por lo que puede ser sospechoso del asesinato de Zidovsky Allen.

—El siguiente en mi lista es Theodor Langley. Tiene coartada, dado que estaba de viaje de negocios en Nueva York.

—¿Lo has comprobado?

—He comprobado los vuelos y el hotel en el que se hospedaba, aunque ese día en concreto lo tuvo libre.

—O sea que pudo haber viajado de vuelta a San Francisco, cometer el crimen y volver a Nueva York.

—Sería posible, puesto que hay vuelos suficientes para hacerlo.

—¿Qué otros datos tienes de él?

—También es ingeniero eléctrico. Trabajó en Motorola y, finalmente, en Dreyfus & Allen Microelectronics. Por lo visto fue despedido de Motorola en 1999. Trabajaba en el desarrollo de un procesador que resultó un fiasco. Esto provocó que Apple rompiera con Motorola.

—¡Vaya con Theodor! —exclamó la inspectora—, ahora es sospechoso del tercer crimen. También tendría razones para deshacerse de Zidovsky Allen, puesto que ello le permitiría hacerse cargo de la compañía Dreyfus & Allen Microelectronics.

—Ya no tengo más datos.

—Magnífico trabajo, Clara. Resulta que tenemos a cinco sospechosos. Avisa al grupo que tenemos que reorganizarnos.

Repartiendo tareas

En el despacho de la inspectora Christie estaban el subinspector Jim Olson, los detectives Patrick y Clara. También acudió a la reunión el informático Tom. Margaret había solicitado que lo asignaran a su grupo para que los ayudara en determinadas tareas. Margaret informó de los datos que hasta ese momento tenían.

—Por ahora tenemos a cinco sospechosos. Todos tienen un móvil y, aunque algunos intentan hacernos ver que tienen coartada, todos han tenido oportunidad para perpetrar el asesinato de Zidovsky Allen.

»Tenemos a su viuda Anne Dreyfus, a Robert Hafmann, los sobrinos de ambos, Richard Langley y Theodor Langley, y, finalmente, el subinspector Ronald Farmington.

—También podría haber sido otra persona diferente a estos cinco —dijo Jim.

—Cierto, no podemos descartar nada —replicó Margaret—. Por eso vamos a reorganizarnos.

»Tom, quiero que sigas buscando relaciones entre personas y empresas. Explora todo lo que se te ocurra, empleados, hechos relevantes. Quiero saber quién fue despedido, empobrecido, arruinado, desfavorecido, ... Quiero conocer los hechos que dieron lugar a esas situaciones.

»Clara, tú sigue indagando en las actividades de Robert Hafmann.

»Jim, céntrate en los hermanos Langley.

»Pat, profundiza en la vida de Ron. Quiero saber cuántas veces ha pasado por delante de la casa de alguno de sus parientes, quiero saberlo todo sobre él, hasta sus pensamientos.

»Yo me encargaré de la señora Dreyfus. Es un hueso duro de roer que sabe mucho más de lo que nos ha contado.

Cuando todos salieron del despacho, Margaret descolgó el teléfono.

—Soy la inspectora Margaret Christie. ¿Hablo con la señora Anne Dreyfus?

Un escueto «sí» se oyó al otro lado de la línea.

—Necesito hacerle algunas preguntas, por lo que le pido que venga a la comisaría mañana a primera hora. Si quiere puede venir con un abogado.

Luces de la ciudad

Cuando colgó el teléfono miró el reloj. Eran más de las ocho de la tarde. Había sido una larga jornada de doce horas. En ese momento se dio cuenta de que estaba cansada.

En el trayecto a su casa se percató de que, aunque era invierno, hacía una temperatura magnífica, por lo que decidió que daría un paseo por el barrio. Una vez estacionado el coche en el aparcamiento subterráneo del edificio donde vivía, salió a la

calle. Su barrio era la elitista zona residencial de Russian Hill, situado en la zona norte de la ciudad. Se trata de una colina que baja hasta la bahía en el muelle Fishermans.

A tan solo una manzana de su casa estaba la famosa calle Lombard. Se trata de una calle que sube a la colina serpenteando desde la ladera este. Se ha hecho famosa no solo por ser «la calle más sinuosa del mundo», según los propios sanfranciscanos, sino porque allí se han rodado numerosas películas, entre ellas la célebre de Alfred Hitchcock titulada «Vértigo», con Kim Novak y James Steward como protagonistas, que se rodó en la casa número 900 de esta calle.

Margaret se dirigió paseando por la calle Hyde Street en dirección contraria a la calle Lombard, debido a que siempre solía estar llena de turistas. Bajó por la colina y, en lugar de dirigirse al muelle, marchó en sentido contrario hacia el parque Fort Mason. Allí se respiraba la tranquilidad de la noche con la mezcla de aromas de las plantas y del mar.

Se adentró por los jardines alejándose del ruido de los coches y de la gente. Las sinuosas veredas de tierra la adentraban en un mar verde de árboles, arbustos y flores. En un momento dado sintió un poco de frío. La fresca brisa que traía los aromas del mar la hicieron estremecer, de manera que decidió volver a casa. Al girarse, una sombra surgida de la nada se abalanzó hacia ella. Margaret dio un paso atrás, trastabilló y estuvo a punto de caer cuando unos brazos procedentes de la sombra la agarraron.

—Inspectora, soy yo, Ron. Siento haberla asustado. Solo quiero hablar con usted.

—Ron, ¡qué susto me has dado!, ¿de dónde sales?

—La he estado siguiendo porque quería hablar con usted, pero no sabía si debía o no.

—Claro, pues resulta que te has decidido en el peor momento, cuando estaba a solas, a oscuras y, además, saliendo de la nada —dijo Margaret enfadada y recuperándose del susto recibido—. Casi me da un infarto. ¿Qué es eso tan importante que no podía esperar a mañana en la comisaría?

—Tengo que contarle algo que creo que debe saber, no obstante, ante todo quiero decirle que soy inocente y no he matado a nadie.

»Yo conocí a Robert Golsam, el ingeniero de la empresa Intel que fue asesinado en 2003. Cuando murió yo lo estaba investigando porque había averiguado por casualidad que había sido amante de mi madre.

—Explícate.

—Robert Golsam perteneció en su juventud a una comuna hippie en la que estaba mi madre. En 1969 estuvieron en el Festival de Woodstock. Después fue detenido por posesión de drogas. Estuvo un tiempo en un centro de desintoxicación y, al salir, volvió a San Francisco para estudiar ingeniería eléctrica.

—¿Por qué lo investigabas?

—Estaba trabajando en un caso cuando, por casualidad, su expediente cayó en mis manos. Como en esas comunas se practicaba el amor libre, pensé que Golsam podría haber sido mi padre. Desgraciadamente, fue asesinado y su cadáver incinerado, por lo que no pude conseguir una prueba de paternidad.

—Has hecho bien en contármelo. Sin embargo, esto era lo último que hubiera querido oír, puesto que te acabas de convertir en sospechoso con motivos, oportunidad y medios.

Capítulo 4. Cinco negritos

«Tarde o temprano, el crimen siempre sale a la luz».

J.R.R. Tolkien

Margaret estaba dándole vueltas a los casos que tenía delante. Eran cinco crímenes cometidos de manera idéntica. No había pasión en ellos. Eran simples ejecuciones, pulcras, sin saña, dignas de un profesional frío, sin emociones.

La inspectora recordaba la novela de la escritora inglesa Agatha Christie, publicada en 1939, titulada inicialmente «Diez negritos» y que luego pasó a titularse «Y no quedó ninguno», ya que resultaba políticamente más correcto. El título proviene de una canción infantil inglesa:

*Diez negritos se fueron a cenar;
uno se asfixió y quedaron nueve.*

*Nueve negritos estuvieron despiertos hasta muy tarde;
uno se quedó dormido y entonces quedaron ocho.*

*Ocho negritos viajaron por Devon;
uno dijo que se quedaría allí y quedaron siete.*

*Siete negritos cortaron leña;
uno se cortó en dos y quedaron seis.*

*Seis negritos jugaron con una colmena;
una abeja picó a uno de ellos y quedaron cinco.*

*Cinco negritos estudiaron derecho;
uno se hizo magistrado y quedaron cuatro.*

*Cuatro negritos fueron al mar;
un arenque rojo se tragó a uno y quedaron tres.*

*Tres negritos pasearon por el zoo;
un gran oso atacó a uno y quedaron dos.*

*Dos negritos se sentaron al sol;
uno de ellos se tostó y solo quedó uno.*

*Un negrito quedó solo;
se ahorcó y no quedó... ¡ninguno!*

Como el uso del término «negrito» no era políticamente correcto a la canción se le cambió dicha palabra por «soldado».

Margaret pensaba que en esa novela las víctimas eran castigadas por hechos del pasado, mientras que en los casos que tenía abiertos las víctimas eran castigadas por hechos cercanos al momento del crimen.

Repasó mentalmente cada uno de los casos. El primero fue un error, eso lo tenía claro en el que el objetivo era un banquero. El motivo era abortar la creación de la empresa Fairchild. La segunda víctima fue un diseñador de circuitos de Intel y afectaba al desarrollo del primer microprocesador. La tercera víctima era un ejecutivo de Apple. Se produce en un clima de problemas entre Motorola, IBM y Apple. También está relacionado con el diseño de microprocesadores, al igual que la cuarta víctima, un diseñador de microprocesadores de Intel. Finalmente, la quinta víctima era un ejecutivo de una empresa que trabajaba para Apple.

En la bruma de su mente Margaret lo tenía cada vez más claro. Había una conexión diabólica entre Intel, Apple, Motorola y Fairchild. Ella vislumbraba entre la neblina la solución de los casos. Tan solo necesitaba conseguir las pruebas de la idea que barruntaba.

Anne

Margaret llegó temprano a la comisaría. De hecho, fue la primera en entrar en la sala desierta. Había pasado una mala noche después de la entrevista que mantuvo con el subinspector Ronald Farmington. La inesperada confianza que le había hecho cambiaba su situación en relación con el caso.

En torno a las nueve y media de la mañana llegó a la comisaría Anne Dreyfus, acompañada de un hombre de aproximadamente su edad.

—Buenos días, señora Dreyfus. Pase a mi despacho —saludó Margaret señalando la puerta abierta de su oficina.

—Inspectora, le presento a Joseph Barrington. Él es mi abogado y amigo desde hace muchos años.

Tras las presentaciones se sentaron en torno a la mesa. El subinspector James Olson, de pie junto a la puerta, también asistió como testigo de la reunión.

—Señora Dreyfus, quería hacerle algunas preguntas de manera oficial, así que voy a grabar nuestra conversación y lo que diga podrá ser usado como prueba.

»En primer lugar, me gustaría que me confirmara dónde se encontraba en la noche del 10 de febrero.

—Estaba en mi casa, sola. Esa noche me quedé leyendo hasta tarde.

—El día que le di la noticia del fallecimiento de su esposo, cuando se enteró de cómo había sido el suceso, usted dijo que «la historia se repite», ¿qué quiso decir?

—En el año 1999 un directivo de Apple fue asesinado de la misma manera. Se trataba de Christopher Mallone, que había sido subdirector en mi empresa y yo lo conocía desde hacía muchos años. Como seguro que ya conoce, Steve Jobs tuvo que abandonar la compañía que fundó en septiembre de 1985. Los accionistas forzaron su marcha. En esa época creó la importante firma cinematográfica de dibujos animados llamada Pixar. Fue la principal competencia de Walt Disney durante muchos años. Allí surgieron películas como «Toy Story», «Buscando a Nemo», «Bichos», «Monstruos S.A.», «Los increíbles», «Cars». En esa época Steve Jobs también fundó la compañía de computadores NeXT. Sin embargo, las cosas en Apple iban de mal en peor, de manera que los inversores decidieron recurrir a Jobs y en septiembre de 1997 regresó a la empresa que él fundó. Entre el nuevo personal que alistó se encontraba Christopher Mallone, quien dejó mi compañía para ir a trabajar a Apple.

—El caso de su asesinato no se resolvió. Creo que pocos días después de ese crimen falleció su prima Christine Langley. ¿Se trata de una casualidad?

—Eso es una triste y desgraciada historia en la que Christine y Christopher eran amantes. Ella no pudo superar el golpe de su asesinato. La relación entre ambos fue un tanto tumultuosa, debido a que unos meses antes había quebrado la empresa de la familia, Langley Electronics, que dirigía su hijo Richard tras la muerte de su marido. Richard culpó a Christopher de la ruina de la compañía que encabezaba. Unos días antes del crimen los dos habían discutido públicamente en un restaurante en el que Christine estaba cenando con Christopher. Richard lo había amenazado. Sin embargo, no pudo ser acusado de nada, puesto que el día de la muerte de Christopher mi sobrino estaba de viaje en Nueva York.

—Una buena coartada. Cambiando de tema, me gustaría saber si conoce a Robert Golsam.

—No sé quién es. ¿Por qué me pregunta?

—Fue un ingeniero de Intel que murió en 2003 de la misma manera que su marido.

Anne quedó sorprendida, no salía de su asombro, ya que no sabía que hubiera otros casos idénticos.

—No conozco ningún otro caso similar y tampoco a esa persona.

—Entonces tampoco conocerá a Bud Cole o Michael Balstrom.

—No conozco a esas personas. ¿No me diga que murieron igual?

—Lo siento, pero no puedo darle más información —dijo Margaret zanjando el asunto—. Por ahora no tengo más preguntas. No debe dejar la ciudad hasta que no terminemos la investigación.

—¿Está diciendo que mi cliente es sospechosa? —preguntó el abogado.

—Me temo que sí, considerando que no tiene coartada, tiene medios y un posible motivo: muerto su marido, de vida disoluta y desordenada, puede sustituirlo por su sobrino al frente de la empresa. Esa es su intención, según me comentó usted misma.

Richard

Richard Langley se encontraba en la sala de interrogatorios junto con el subinspector Jim Olson.

—Veo que no ha traído a ningún abogado —dijo Jim.

—No creo que sea necesario. Estoy dispuesto a colaborar y no tengo nada que ocultar.

—Me alegro de ello. Veamos, lo primero que me gustaría hacerle es una pregunta rutinaria. ¿Qué hizo la noche del 10 de febrero?

—Esa noche la pasé acompañando a mi tío Robert, que estaba hospitalizado. Los médicos y enfermeras de la clínica pueden testificarlo.

—Lo comprobaremos. ¿Por qué hospitalizaron a su tío?

—Él padece de trastorno bipolar y esquizofrenia. El trastorno bipolar da lugar a cambios en el estado de ánimo en los que hay periodos de depresión, junto con otros periodos en los que hay episodios maníacos. Por otro lado, mi tío también sufre de esquizofrenia, una enfermedad en la que se distorsiona la realidad y aparecen delirios, cambios de comportamiento. Normalmente, está controlado con la medicación. Sin embargo, ese día sufrió un ataque de alucinaciones en el que manifestaba manía persecutoria.

—¿Por qué pasó allí la noche? Teniendo en cuenta de que el hospital dispone de médicos y enfermeros.

—Conmigo se tranquiliza y se relaja. Yo soy la única persona que es capaz de controlarlo cuando su estado de excitación es alto.

—Pero tengo entendido que estaba sedado.

—Sí, aun así, quise estar con él.

—Entre mis datos tengo que usted se hizo cargo de la empresa de su padre, Langley Electronics, hasta que quebró en 1998.

—Efectivamente, el principal cliente de Langley Electronics era Apple hasta que regresó Steve Jobs, en septiembre de 1997. Ese canalla, junto a su compinche, acabaron con mi compañía.

»Hablo de Cristopher Mallone, que era director del Departamento de Negocios, Compras y Suministros de Apple. Una mala persona que traicionó a la empresa de mi tía Anne y embaucó a mi madre.

—Fue asesinado en 1999 y sé que usted tiene coartada.

—Yo no lo maté, aunque me hubiera gustado hacerlo.

—Después trabajó usted en HEC, la empresa de su tío.

—Efectivamente. Ahora yo dirijo la compañía, ya que mi tío se ha jubilado.

—Creo que su empresa es competidora de la de su tía.

—No, trabajamos en ámbitos diferentes, aunque sea en el sector de la electrónica. Ahí hay muchos campos, aplicaciones, enfoques, líneas de negocios, mercados ...

—Sí, pero su empresa y la de su tía colaboran con compañías que compiten entre sí de manera directa por el negocio de la telefonía móvil: Nokia y Apple.

—Zidovsky Allen no era una persona que me cayera bien. Es más, no tuve ninguna relación con él. No siento su muerte y si eso sirve para retrasar a Apple en el desarrollo de su nuevo teléfono que acaba de anunciar, el iPhone, me alegraría mucho.

—Bueno, creo que hemos terminado por hoy. Quiero que sepa que es usted sospechoso del asesinato de Zidovsky Allen y de Cristopher Mallone. No debe abandonar la ciudad y debe estar siempre disponible para que lo interroguemos. La próxima vez le conviene traer a un abogado.

Theodor

Margaret entró en la comisaría. Acababa de almorzar en el bar frente al edificio. Buscó a Jim y no lo encontró.

—¿Sabes dónde está Jim? —preguntó a Clara.

—En la sala de interrogatorios. Acaba de llegar Theodor Langley con su abogado.

La inspectora se dirigió a la sala de interrogatorios. Al entrar se quedó petrificada en la misma puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ante el asombro de los presentes.

—El señor Langley es mi cliente —respondió el abogado con una sonrisa—. ¿Pensabas que había venido a verte?

—No sé cómo dejan entrar a gentuza en este edificio —dijo Margaret saliendo con un portazo.

Jim estaba desconcertado, al igual que Theodor.

—No se preocupen por ella —dijo el abogado—. Aunque no lo parezca, en el fondo, mi exmujer me adora.

Esta confesión sí que causó estupor entre los asistentes.

—Para que conste en el interrogatorio, ¿podría decirme dónde se encontraba el 10 de febrero? —preguntó Jim.

—Estaba de viaje de negocios en Nueva York.

—Sabemos que estuvo allí el día 9 y el 11, pero ¿tiene testigos para el día 10?

—Ese día lo tenía libre y me dediqué a visitar la ciudad. Estuve solo todo el día.

—O sea que podría haber vuelto a San Francisco por la mañana y de vuelta a Nueva York por la noche.

—Eso son conjeturas —respondió el abogado—. Está usted acosando a mi cliente. Él ya ha respondido a su pregunta.

—Usted trabaja en la empresa de su tía Anne y del fallido. Ahora pasa a dirigir la compañía. Parece que es el principal beneficiario de la muerte de Zidovsky Allen.

—Subinspector, si sigue hostigando a mi cliente voy a elevar una queja por malas prácticas.

—Cambiemos de tema, ¿podría decirme dónde trabajaba antes de emplearse con su tía?

—Yo soy ingeniero electrónico y he trabajado durante muchos años en la compañía Motorola.

—¿Por qué dejó esa empresa?

—Yo era diseñador de circuitos integrados, en concreto, de microprocesadores de Motorola. Estuve en el equipo que desarrolló el microprocesador PowerPC. En 1999 tuvimos un problema en el diseño del procesador con las especificaciones que nos imponía nuestro cliente, que era Apple. A raíz de aquello, esa empresa dejó de colaborar con nosotros. Fue un varapalo que acabó con mi departamento.

—Debe estar molesto con Apple.

—Steve Jobs y el director del Departamento de Negocios, Compras y Suministros de Apple actuaron con deslealtad.

—¿Se refiere a Cristopher Mallone? —preguntó Jim—. Creo que fue asesinado en esas fechas. ¿Qué coartada tiene para esa época? ¿Estaba también de viaje?

—Alto —interrumpió el abogado—. Mi cliente ya no responderá a más preguntas. Si no tiene ninguna acusación formal nos vamos a marchar ahora mismo.

—De acuerdo, aunque señor Langley no debe usted salir de la ciudad, puesto que es sospechoso de, al menos, dos asesinatos.

Theodor, con la cara crispada por la cólera, y su abogado salieron de la sala, seguidos por Jim.

Una reunión familiar

En el salón de la casa de Anne Dreyfus se habían reunido once personas. Todas estaban sentadas, salvo la inspectora Margaret Christie. Allí se encontraban, además de la anfitriona, su primo Robert Hafmann, sus sobrinos Richard y Theodor Langley, su recién conocido sobrino-nieto Ronald Farmington. A la reunión asistían los abogados de la familia, Joseph Barrington y Melek Karin, este último exmarido de la inspectora.

También se encontraban los detectives Patrick Neurwy y Clara García, así como el informático Tom Glance. Tan solo faltaba el subinspector James Olson.

—La resolución del asesinato de Zidovsky Allen supone resolver los cuatro crímenes anteriores. Por eso hay que tenerlos en cuenta. La dificultad está en que los crímenes están dispersos en el tiempo y están inmersos en un entramado de empresas y desarrollos tecnológicos que, gracias a nuestro colega Tom, hemos podido esclarecer.

»La primera dificultad era saber si hay un asesino o son varios. Para ello teníamos que conocer los motivos de los sospechosos. Aunque algunos de los sospechosos han indicado coartadas, debo decir que son muy débiles y todos han tenido la ocasión de ejecutar el crimen.

»Voy a comenzar con nuestra anfitriona. Si me permite decirlo, señora Dreyfus, usted tendría motivos en el caso de su marido. Sin embargo, no hemos encontrado razones en el resto de los casos.

»Nuestro siguiente sospechoso es usted, señor Robert Hafmann. Sabemos que usted tiene una aversión no disimulada hacia Fairchild, Intel y Apple. En 1957 trabajaba en la empresa Shockley Semiconductor y la creación de Fairchild fue un duro golpe para la compañía del Premio Nobel, al que usted consideraba como un familiar. En los dos últimos crímenes también tiene motivos. Así, en 2003 ya se adivinaba que Apple apostaría por los procesadores de Intel y el desarrollo del Pentium 5 era un gran peligro. Nokia, la empresa de la que su negocio depende, usaba procesadores de la compañía ARM y de Texas Instruments. Por otro lado, en 2007 usted ha manifestado que tiene pánico del iPhone que puede desbancar a Nokia del liderazgo y, por consiguiente, su compañía sufriría las consecuencias.

»El señor Richard Langley tiene motivos para el tercero de los casos, el del ejecutivo de Apple en 1999, a quien achaca la ruina de su empresa.

»Por su parte, el señor Theodor Langley también tiene motivos en ese caso debido a su despido de Motorola. Puede que, incluso, ambos hermanos hayan colaborado en ese crimen. Usted también tiene interés para el último crimen, debido a que es el principal beneficiario al hacerse cargo de la compañía Dreyfus & Allen Microelectronics.

»Finalmente, tenemos al subinspector Ronald Farmington que tiene motivos para el cuarto caso como venganza por haber abandonado a su madre.

»Como pueden ver, todos tienen algún motivo en algunos de los casos, si bien no en todos. Esto me llevó a pensar que, puesto que el *modus operandi*, era idéntico, deberían haber cooperado y tendríamos más de un criminal.

»Otra posibilidad era que se nos hubiera escapado algo en sus vidas. Así que aquí entró en acción nuestro colega Tom. Por favor, Tom, explique lo que descubrió.

Tom dio un repulso en su asiento. No esperaba que la inspectora le diera el protagonismo ni que tuviera que improvisar un discurso. Notó los diez pares de ojos posarse en él. No le salía la voz del cuerpo. Poco a poco se fue levantando del asiento. Se entrelazó las manos y un sudor frío le envolvió. Carraspeo varias veces hasta que por fin pudo afinar la voz.

—Estuvimos, ¡bueno, ejem!, estuve investigando las actividades del señor Robert Hafmann tras su estancia en Shockley Semiconductor. El señor Hafmann trabajó en Motorola en el desarrollo de circuitos digitales. Más tarde fue contratado por American Microsystems, Inc. para producir en el año 1970 el «MP944», un circuito integrado diseñado por Steve Geller y Ray Holt que fue el primer microprocesador de la historia. Sin embargo, este procesador era un secreto militar, ya que era el sistema de control del avión de combate F-14 Tomcat. Por eso no ha sido reconocido como el primer microprocesador frente al desarrollado por Intel en 1971.

—Efectivamente —interrumpió con vehemencia Margaret—. Recordemos que usted sentía un odio especial por Robert Noyce y Gordon Moore, los fundadores de Intel y dos de «los ocho traidores», creadores de Fairchild, a quienes consideraba responsables del hundimiento de la empresa Shockley Semiconductor.

»También tiene motivos para el tercer crimen, el del directivo de Apple. En primer lugar, Apple rompió con Langley Electronics y eso fue la bancarrota de la compañía de su sobrino Richard. En segundo lugar, la ruptura de Apple con Motorola supuso el despido de su sobrino Theodor. Esto fue considerado un ataque conspiratorio a la familia.

»Como verá, usted tiene motivos en los cinco casos, también tiene los medios para acometer los crímenes y tiene la voluntad necesaria para ello.

—Sin embargo, a usted le faltan pruebas —dijo Robert que se encontraba muy tranquilo—. Además, tengo coartada.

—En primer lugar, debo decirle que tenemos una orden de registro de su casa que se está ejecutando en estos momentos. Allí se encuentra el subinspector James Olson a cargo de la búsqueda. Seguro que conseguiremos más pruebas como, por ejemplo, el arma utilizada y los estiletes de silicio.

»Respecto a la coartada, no estaría tan seguro. La noche del 10 de febrero estuvo hospitalizado y sedado. Sin embargo, evitó tomarse los medicamentos, a escondidas se hizo con ellos y eso le permitió sedar a su sobrino, quien pasó toda la noche dormido. De esta manera aprovechó para salir de la clínica sin ser visto, puesto que su habitación se encuentra en una zona privada y apartada. De hecho, mire esta fotografía tomada por la cámara de seguridad de la autopista Bayshore Freeway que une Palo Alto con San Francisco. Se le ve conduciendo su automóvil en la noche del 10 de febrero.

»Lo puedo acusar de, al menos, un homicidio con premeditación, lo que le hará pasar el resto de sus días en la cárcel. Quizás se libre de los otros cuatro asesinatos, pero a mí me basta con eso. Aunque deberían ser seis crímenes, teniendo en cuenta que usted es responsable del suicidio de su propia hermana.

Esto último fue un golpe bajo que rompió la dura coraza de Robert e hizo que se desplomara y se hundiera en la desesperación. Rompió a llorar y a balbucear.

—Ellos son los culpables, malditos, siempre persiguiéndome, siempre al acecho. Los «ocho traidores» me persiguen. Sí, yo lo hice y no me arrepiento. Tenía que haberlos matado a todos. Lo hice por mi padre. Él fue la primera víctima de la lucha por la tecnología. Yo tenía que proteger a los míos, a Shockley, a Beckman y a mi familia. Era el único que podía protegerlos. Por eso tenía que impedir que se creara la empresa Fairchild.

»Luego ocurrió lo de Michael Balstrom. Intel nos habían robado nuestra idea de un microprocesador. No podía permitir que Robert Noyce y Gordon Moore se llevaran la gloria después de lo que nos hicieron al crear Fairchild. Tenía que pararles los pies.

»Christopher Mallone fue un canalla que mereció lo que tuvo. Traicionó a mi prima para irse con Steve Jobs, embaucó a mi hermana que perdió la cabeza por ese malvado. Quiso destruir nuestra familia atacando a Motorola y a Langley Electronics. Yo solo hice justicia.

»Por su parte, Robert Golsam era un hombre muy peligroso. Todos lo consideraban un genio. Tenía que detenerlo. Su procesador era una amenaza para nosotros.

»También Zidovsky Allen se mereció lo que tuvo. Engañaba a mi prima, era un mujeriego y drogadicto. Se confabuló con Steve Jobs para crear ese engendro de teléfono.

Todos los presentes, en silencio, observaban como, entre sollozos, un hombre roto continuó increpando, maldiciendo, insultando, mientras se confesaba.

Caso cerrado

Al día siguiente, justo antes del mediodía, Margaret acabó el informe del caso. En el momento de cerrar la carpeta, Ron entró en el despacho.

—Quisiera darle las gracias por su apoyo —dijo Ron nada más entrar—. Estos días han sido un infierno para mí. Ahora que Robert Hafmann ha confesado los cinco crímenes, ¿qué cree que le ocurrirá?

—No creo que vaya a la cárcel. Lo más probable es que lo internen en un centro psiquiátrico para el resto de sus días.

—Quisiera asegurarle que yo no sabía mi relación de parentesco con esa familia, ya que mi madre me ocultó sus orígenes.

—¿Cómo han reaccionado ellos al conocer tu consanguinidad?

—Muy bien, mejor de lo que esperaba. Mis nuevos tíos, Richard y Theodor, me dieron la bienvenida a la familia con un abrazo. La señora Dreyfus ha sido más fría, si bien me ha invitado a comer este fin de semana. Pienso que quiere analizarme, examinarme, evaluarme.

—Me alegro, ¿ya te has reincorporado al trabajo?

—Sí, acabo de llegar.

—¡Estupendo! En tu mesa te he dejado un nuevo caso. Quiero que seas tú quien lo lleve. Yo creo que hoy me voy a tomar la tarde libre.

Margaret salió de la comisaría justo a la hora de almorzar. Hoy hacía un día frío, aunque soleado. Decidió que quería comer en algunos de los restaurantes para turistas del muelle Fishermans, justo frente al *pier 39*, conocido como embarcadero de las focas, donde estos animales son una atracción que cautiva a muchas personas que vienen para verlas retozar y tomar el sol. Ella también pasearía por allí, dejándose llevar por la suave y fría brisa de la bahía.

FIN

Epílogo

«Una novela es una maravillosa mentira de la que nadie duda».

Mercedes Pinto Maldonado

«Escribo novelas para recrear la vida a mi manera».

Arturo Pérez-Reverte

Esta novela es pura ficción y cualquier parecido con la realidad es una auténtica, incomprensible y asombrosa coincidencia. De la misma manera, los personajes son ficticios, salvo determinadas figuras históricas como Arnold Beckman, William Shockley, Arthur Rock, Alfred Coyle, Robert Noyce, Gordon Moore o Steve Jobs. También hay descripciones basadas en hechos reales como los acontecimientos acaecidos en la ciudad de Los Ángeles en el año 1938, la inauguración del primer Disneyland en 1955, el anuncio del iPhone en 2007, una breve historia de Motorola o los aspectos musicales en torno a los años cincuenta y sesenta, con el movimiento hippie de fondo y el Festival de Woodstock como colofón.

Quien quiera conocer más detalles de los casos descritos en el apartado «Cadena de muertes extrañas» del capítulo uno puede consultar el siguiente libro:

Tony Collins (1990). *Open verdict: an account of 25 mysterious deaths in the defence industry*. Sphere Books. ISBN 0-7474-0146-2.